



**CEU**

*Universidad  
San Pablo*

**Facultad de Humanidades y  
Ciencias de la Comunicación**

## **Reivindicación del buen hacer periodístico**

---

**Juan Cantavella**

Catedrático de Periodismo

Festividad de San Isidoro de Sevilla

Abril de 2013



**CEU** | *Ediciones*

# **Reivindicación del buen hacer periodístico**

---

**Juan Cantavella**

Catedrático de Periodismo

Festividad de San Isidoro de Sevilla

Abril de 2013

**Facultad de Humanidades y  
Ciencias de la Comunicación  
Universidad CEU San Pablo**

## **Reivindicación del buen hacer periodístico**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2013, Juan Cantavella

© 2013, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU *Ediciones*

Julián Romea 18, 28003 Madrid

Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30

Correo electrónico: [ceuediciones@ceu.es](mailto:ceuediciones@ceu.es)

[www.ceuediciones.es](http://www.ceuediciones.es)

Depósito legal: M-12455-2013

## Reivindicación del buen hacer periodístico

En tiempos de superficialidades y corrupciones, de ansias desaforadas de alcanzar riquezas y poder, de mudanzas superfluas y de galopes hacia la nada me ha parecido que debía volver los ojos a cuestiones que realmente importan. La reflexión serena, que es propia del talante universitario, servirá para iluminar nuestro trabajo, que en mi caso y en el de muchos de los presentes va dirigido a la formación de periodistas (de comunicadores, si así lo desean), por lo que sería oportuno repasar algunos hitos de nuestra profesión y resaltar valores que eran indispensables en el pasado, deben ser atendidos en el presente y no podemos despreciarlos para el futuro, por más que cambien los modos de trabajo y los soportes en los que se asientan nuestras intervenciones. Sin protocolos prolijos y sin engolamientos envarados dejadme que exprese llanamente mis sentimientos más profundos respecto a una profesión que me sedujo casi desde la infancia, a la que me entregué con entusiasmo durante décadas y a la que ahora sirvo de otra manera: tratando de transmitir esa seducción y ese entusiasmo a quienes la Universidad me ha encomendado, unos muchachos y unas muchachas que no siempre llegan con los conocimientos básicos que se precisan, que con frecuencia están más abocados al disfrute que al esfuerzo, que a veces creen que es otro quehacer el que les aguarda, pero entre los cuales no me resulta difícil descubrir seres sensibles y esforzados, con los mismos ojos asombrados e ilusiones inmarchitables que me acompañaron a mí.

Desde una perspectiva histórica y desde el análisis severo del presente, nuestra actividad está sometida a una constante crítica, lo que no debe extrañarnos, dada la trascendencia de su ejercicio y la visibilidad de sus practicantes (algo semejante a lo que les ocurre a los políticos, sin ánimo de comparar). Es lógico, por tanto, que nuestros defectos reverberen más de lo debido y que todos los contemplen con nitidez y cierto desdén, pero es sumamente injusto que

nos quedemos con la imagen estereotipada de unos profesionales ineptos y de un ejercicio defectuoso, porque no se trataría sino de una visión parcial y deformada. Es imposible que nuestro trabajo sea perfecto y consecuentemente estamos condenados a la frustración, pero eso no debe llevarnos al desánimo, pues también ocurre con otras profesiones: solo hay que fijarse en la de los médicos, abogados a un previsible fracaso, con frecuencia a corto plazo, y sin ningún género de dudas a largo plazo.

La causa de tamaña derrota viene determinada por el objeto de nuestra actividad y por los sujetos que la ejercen. Ofrecer cada día (ahora ya, minuto a minuto) lo que ocurre en el mundo y orientar a los usuarios sobre lo más conveniente, todo ello en las muy diversas esferas de la vida, es una misión sencillamente insalvable. Si además la llevamos a cabo desde las limitaciones humanas que nos son propias, entonces sumamos inconvenientes para no llegar a ningún puerto. Dificultades extremas que resultan evidentes, que también nosotros las juzgamos así, pero que no nos desaniman a la mayoría.

Esa confianza en el objeto de nuestra ciencia y profesión no nos impide darnos cuenta cabal de lo que ha sido el ejercicio del periodismo en nuestro entorno. Nadie nos tiene que mostrar (a nosotros y a quienes nos siguen) cuáles son los defectos que más abundan en nuestro campo, porque trabajamos tan a la vista de todos que no cabe el ocultamiento ni el disimulo. Con el paso del tiempo se han limado unos (que no eliminado) y han aparecido otros no menos graves, pero debemos reconocer que nos persiguen unas taras que perjudican seriamente nuestra labor y la imagen que el público se forma.

Los periódicos comenzaron a divulgarse en el siglo XVIII, pero la dedicación de periodista no cuenta ni con dos siglos de existencia efectiva, puesto que no se puede hablar de ello hasta que nos encontramos con un número suficiente de profesionales al servicio de medios de comunicación masiva<sup>1</sup>. Es a partir de entonces cuando su figura toma cuerpo, aunque sea debilucha y vulnerable<sup>2</sup>. Tal

---

<sup>1</sup> El profesor Martínez Albertos afirma que antes de 1850, buscando la magia de las cifras redondas, “había algunos periódicos, pero todavía no había aparecido el periodismo”. A su juicio, “hay periodismo a partir del momento en que, efectivamente, los periódicos pueden ejercer su papel de controladores de los poderes políticos como perros guardianes de las libertades y de los derechos de los individuos y de los grupos sociales” (pp. 91-92). Para Mainar, “el periodista profesional no ha existido, tal como hoy existe, mientras los periódicos de empresa no han hecho preciso el periodista de oficio y un *oficio del periodismo*” (p. 22).

<sup>2</sup> Algunos autores sitúan su entrada en escena hacia los años treinta del siglo XIX. Mesonero escribe en 1844 que “su existencia data solo entre nosotros, de una docena escasa de años” (p. 481). Díaz de Benjumea diferencia la figura del gacetillero, que es nueva, de la del escritor, al que ha conocido siempre. Dice de aquel: “Este tipo es moderno en España, y tanto, que su existencia era completamente desconocida en el

irrupción viene acompañada desde sus comienzos de un halo no precisamente lisonjero<sup>3</sup>.

Empezaremos por poner de manifiesto cómo en la época inicial eran patentes la ignorancia y falta de preparación para la tarea que realizan y la responsabilidad que les acompaña. Les acusan de que cualquiera puede tomar la pluma y lanzarse a emborronar los papeles públicos, lo que en muchos casos es bien cierto. Lo vemos en una alusión satírica que lanza fray Agustín de Castro en la *Gazeta de la Mancha* (1813) cuando se lamenta de no haber aprendido en su juventud ningún oficio de los considerados útiles, pero se consuela con el hecho de que ha encontrado otro ciertamente provechoso: “Cuélome el ropaje de periodista, que es una profesión semejante a la del aguador, que se aprende al primer viaje” (Cf. Gómez Aparicio 1967: 114).

Lo vemos en el celebrado artículo de Larra “Ya soy redactor”, donde no se produce ninguna demora entre la voluntad de introducirse en una redacción y el instante en que se materializa tal afán: “El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista”; instantáneamente “echeme a fraguar artículos” (1973: 39). Lo vemos en una de las descripciones más tempranas que se conocen, compuesta en 1843 por José María de Andueza, quien entre bromas y veras ofrece suficientes pistas sobre la consideración que en su tiempo recibía el periodista (se fue consolidando este nombre, frente a diarista o diarero, gacetista o gacetero<sup>4</sup>, noticista<sup>5</sup> o noticioso, periodista, papelista, escritor público...)<sup>6</sup>. Su personaje, don Rufino, “es un Periodista

---

primer tercio de nuestro siglo. La prensa periódica comenzó a tomar sus vuelos desde 1843 (...); pero el tipo de gacetillero aún no se bosquejaba. Había hasta entonces más escritores que periódicos, reflejando estos la seriedad de hombres graves y escogidos, que enseñaban ciencia política, si tal existe, y luchaban por ideas más que por destinos. La gacetilla (...) contenía lo que hoy se comprende bajo el epígrafe de noticias varias o generales” (p. 450).

<sup>3</sup> Un artículo de *El Censor* refleja las malas relaciones que tienen los redactores de los diarios, pues “suelen despedazarse unos a otros con dicerios de indecentes inectivas” y eso lleva a que “los nombres de gacetero, periodista, y foliculario que se les dan por desprecio, han venido a ser casi una injuria y un baldón” (“De la importancia y utilidad de los periódicos...”, 18 de agosto de 1821, pp. 52-78).

<sup>4</sup> Denominaciones que aquí empleamos como sinónimos, pero que no lo eran en el siglo XVIII. Como apunta Guillamet, “los términos de gacetero y diarista se atribuyen a dos actividades muy semejantes, pero cualitativamente distintas, como distintas son las gacetas de los primeros diarios y periódicos. El gacetero tiene a su cargo la redacción de las noticias políticas y militares, así como la confección general de las gacetas. Se llama diarista, en cambio, al editor y/o redactor de periódicos literarios e informativos” (cf. Barrera, p. 21).

<sup>5</sup> Término empleado por Feijoo: “Un Caballero, noticista insigne y muy verídico de sucesos modernos” (*Teatro crítico IV*, 1730, p. 288).

<sup>6</sup> El término periodista se impuso pronto, puesto que en 1822 ya es admitido en el diccionario de la Real Academia con la siguiente definición: “Compositor, autor o editor de algún periódico”.

laborioso, por más que ignore la mayor parte de las materias sobre las que escribe” (p. 212). Si a ello le sumamos la venalidad, las maniobras subterráneas para que el Gobierno actúe según sus conveniencias, la palabrería hueca o la falta de conciencia (de todo ello se hablará en su momento), nos encontraremos con un retrato acabado, aunque escasamente favorecedor.

Mesonero Romanos le sigue al poco (1844), para hablar de “un muchacho despierto y lenguaraz que disputa con sus camaradas por cualquier motivo, que habla con desenfado de cualquier asunto, que emprende todas las carreras y ninguna concluye, que critica todos los libros sin abrir uno jamás”. Y, sin embargo, con tan livianos mimbres, se hace con el mando de una colectividad que le admira boquiabierta. El autor (periodista por cierto) no sale de su asombro: “¿Qué enigma es este de la moderna sociedad que se deja conducir por el primer advenedizo, que tiembla y se conmueve hasta los cimientos a la simple opinión de un hombre osado, que confía sus poderes a un imberbe mancebo para representarla, dirigirla, trastornarla y volverla a levantar?” (p. 481).

“Pocos o ningunos conocimientos se necesitan para ejercitarse el más bolo en el *oficio* de periodista”, asevera Garay de Sartí (1872), para después detallar todos los méritos que concurren para progresar en las redacciones, sin que ni por asomo se haga mención de estudios o enseñanza alguna: viveza de imaginación (inventiva incluso), audacia, charlatanismo, prepotencia o persecución del poder. Ni siquiera la búsqueda de la verdad es una meta y lo más útil para obtener beneficios será siempre imitar el comportamiento del girasol (p. 355)<sup>7</sup>.

Cuando llegamos al final de la centuria ya no es tan riguroso el juicio que expresan algunos autores, porque se ha ido progresando de acuerdo con la autoconciencia profesional y las exigencias de la sociedad (como sucedió en su momento con los médicos o con los abogados y como ocurrió antes en sociedades más avanzadas como la francesa o inglesa). Díaz de Benjumea, al ocuparse del gacetillero en 1881, habla de un “joven, que estudia en la universidad o instituto para una carrera, concluida la cual no sabe si tendrá que apelar a un *oficio* para comer. Tiene alguna imaginación, lee cuanto cae en sus manos, presiente que ha nacido para algo, empieza por escribir alguna sátira contra los vicios sociales y cae sin saber cómo en el golfo del periodismo, elemento necesario para la expansión de la inteligencia” (p. 452).

---

<sup>7</sup> “El periodista (...) ha de volver la cara al astro que más caliente como el girasol, y es planta muerta si no”, escribía irónicamente Larra en el artículo “El hombre pone y Dios dispone, o lo que ha de ser el periodista” (1985: 222).

## Formación apropiada

A lo largo del siglo XIX y buena parte del XX no es necesario seguir ninguna clase de estudios específicos para alcanzar esa plaza que se pretende en un periódico. Ni dentro ni fuera de una redacción se le ocurre pensar a nadie que sea indispensable, ni siquiera conveniente, acudir a un centro para la enseñanza de estas materias, contar con unos estudios reglados, aprender en las aulas los fundamentos del oficio y las reglas del estilo. Pasarán muchas décadas antes de que se alcen voces reclamando una formación apropiada, y aun así tal incitación tardará en hacerse realidad. No importaba el que abundaran los indoctos o los atrevidos, ni siquiera que fueran estos los que más gritaran y se expresaran con fuerza y altivez.

¿Cómo iban a perder el tiempo en aprender lo que consideran sabido, lo que están seguros de poseer por ciencia infusa, desde que han llegado a una redacción? Que calara la idea contraria en el colectivo iba a costar muchos lustros, muchos. Sin embargo, algunos adquieren conciencia de que, dado el impulso que están tomando los diarios, no se puede dejar su realización en manos de quienes no se hallan preparados para este menester. Clarín lo manifiesta sin ambages: “La prensa no es una carrera, debiera serlo. Para periodista cree servir cualquiera. Yo he suspendido a algunos estudiantes que, a poco, redactaban periódicos y publicaban libros regenerando el país. Un noticiero no ha de ser un Salomón, se dice. Y se responde: que debe haber más periodistas que noticieros y que, aun estos, cumplirán tanto mejor su tarea cuanto más sepan”<sup>8</sup>. Nadie tomó en serio esta opinión. Las primeras voces que reclaman unos estudios para quienes desean incorporarse a estas tareas son respondidas por los graznidos de los autosuficientes, de los despreciativos, de los que piensan que nadie puede instruirlos en tales materias; de los que afirman que el arte no se enseña, sino que se nace con esas dotes, como se nace pintor o poeta o músico.

Lo nuestro no es un oficio ni una profesión, pensaban muchos, sino un auténtico arte, apto únicamente para mentes inspiradas. Hemos escrito que “pasaron muchas décadas en las que no hay constancia ninguna de que alguien pensara –ni por lo más remoto– que el trabajo en las redacciones podía ser aprendido en un lugar que no fueran los duros bancos en que un escuálido número de aficionados volcaban sus (por lo general) escasos saberes y mesurables entusiasmos en una tarea de la que no esperaban grandes frutos” (Cantavella 2011: 628)<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Leopoldo Alas, Clarín: “Los periódicos”, en *El Español*, 28 de octubre de 1899.

<sup>9</sup> Eran los veteranos quienes procedían amigablemente al adiestramiento de los recién llegados. En el relato de su vida, Julio Nombela ofrece muchas pistas sobre cómo se fue introduciendo en ese mundillo.



Solo la clarividencia y la osadía de un granado Ángel Herrera es capaz de salir al paso de los que no veían más allá de sus narices y de quienes no habrían osado desafiar a los ignorantes. En *El Debate* se estaba creando el ambiente necesario para poner en marcha unos estudios específicos, algo que en otros países consideraban normal para el avance en esta dedicación. Allí es posible leer: “Ya es hora de que la profesión periodística deje de ser la única de las profesiones liberales para las que no se requiere título alguno de capacidad. Sin estudios de ningún género, sin competencia acreditada, sin aprendizaje, sienta plaza de periodista cualquiera que hoy se lo proponga. Las puertas de nuestra profesión se hallan abiertas de par en par a los indocumentados, como a los doctos, a los audaces y desaprensivos, como a los hombres honrados que desean servir a su ideal” (29 de enero de 1925). Es una posición que iba madurando hasta que llegó el día de hacerla realidad.

De esa manera la Escuela de Periodismo de *El Debate* se puso en marcha en marzo de 1926, sin importarles las burlas ni las maledicencias, con un éxito creciente y una ambición tan medida, que si no hubiera sido por el tajo de la guerra civil habrían llegado con pasos contados, pero resueltos, a convertir aquellos estudios en universitarios, algo que ni los más ilusos eran capaces de imaginar y que no se lograría sino casi cincuenta años después. Y aún entonces enfrentándose a los recelosos y mordaces, sin tenerlos a todos convencidos de la necesidad de dar el paso y de la obligación de ubicar esta ciencia al nivel del resto, huyendo de las pretensiones pazuatas de quienes no habrían pasado nunca de una escuela de artes y oficios.

Gracias a esta iniciativa exitosa se vio que tales enseñanzas no solamente eran útiles, sino indispensables. Otros se apoderaron de esta idea y la aprovecharon para proyectar el adoctrinamiento político, pretensión que se halla en los inicios de la Escuela Oficial de Periodismo (1941). Por eso, para demostrar que era conveniente salvar la idea fundacional, Ángel Herrera no quiso doblegarse y luchó por levantar una Escuela de Periodismo de la Iglesia (1960). De ella se derivarían las carreras de comunicación en esta casa, cuando nuestros estudios alcanzan reconocimiento superior y es autorizada la Universidad CEU San Pablo. Somos fruto, pues, de una semilla innovadora y exigente que se depositó hace casi un siglo, por lo que debe manifestarse en nuestro comportamiento y aspiraciones la continuidad con aquella obra pionera. En los comienzos fue recibida con el

---

Por ejemplo, Francisco de Paula Madrazo, “que era maestro en el arte de confeccionar periódicos, se interesó por mí, me enseñó el oficio, y bromeando y riéndose siempre (...) me dio a conocer los misterios del periodismo, las iniquidades de la política y las miserias y pequeñeces de los prohombres a quienes yo admiraba” (p. 467).

escepticismo y las burlas de las redacciones, como sufren desaires casi todos los que se adelantan a su tiempo, pero la realidad es que los estudios han acabado por implantarse con eficacia en todo el país: no se nos oculta, sin embargo, que en nuestros días todavía se ponen en duda los beneficios que aportan<sup>10</sup>.

Es evidente que no se puede generalizar, porque sería injusto el pensar que todos los que accedían a las redacciones carecían de algún tipo de preparación y no era su intención el procurársela. Había muchachos que habían concluido sus estudios universitarios y por tanto podían darle mucho lustre a la profesión. Como dice Gómez Aparicio, “ya se entiende que existía un Periodismo semiinsolvente, ramplón y adocenado que nutría especialmente las filas de la Prensa de Partido; pero también se entiende que, a su lado, se iba formando como una aristocracia periodística”, que era la que gozaba de un aceptable nivel académico, acorde con el que se daba en otros ámbitos (p. 373). El problema es que esta paraba poco tiempo en los diarios y pronto emigraba en busca de salidas de una mayor consistencia: ¿para qué entonces perder el tiempo en lograr una formación cuya utilidad no se apreciaba en modo alguno y cuya dedicación iba a tener, si no los días, los años contados?

## Camino hacia la política y las letras

Es que muchos de los que se iniciaban en la escritura periodística en el pasado lo hacían porque la consideraban un escalón hacia destinos más brillantes y prometedores: “Camino propicio a la satisfacción de sueños ambiciosos”, al decir de Gómez Aparicio (p. 372)<sup>11</sup>. Estaban, por ejemplo, los que anhelaban ocupar puestos de relumbrón en el área política, en la diplomacia o en la administración. Apenas hay ningún político del siglo XIX que no se haya iniciado en las páginas volanderas: si tuviéramos que aportar un listado exhaustivo resultaría imposible

---

<sup>10</sup> Una de las conclusiones obtenidas por Rodríguez Andrés por medio de una encuesta es que “los periodistas españoles en comparación con los de otros países se caracterizan por un alto nivel de estudios, circunstancia que sin duda influye, y positivamente, en la forma en que llevan a cabo esa mediación e interpretación de la realidad (...). Un periodista mejor formado tendrá mayor capacidad de decisión, de valoración y de análisis, y podrá ofrecer un mejor servicio a la sociedad” (p. 495). Cuestión aparte es la consideración en que son tenidos los estudios de Periodismo por parte de los profesionales veteranos (Cantavella 2011: 628-9). Para Luís García Tójar, “el periodista ha renunciado a su previo conocimiento de la profesión (un cuento para jóvenes idealistas) para aceptar *como la realidad* la cultura de la redacción (que es otro cuento)” (“La redacción como institución total”, en *Zer* 14, mayo de 2003, p. 48).

<sup>11</sup> A esto añade: “Para no pocos de esos jóvenes el Periodismo era un hostal de paso, no un lugar de residencia estable. Puente de la política, ante todo, en los mediados del siglo XIX no hubo prácticamente un solo joven llamado a representar papeles importantes en la vida española que no hiciese un previo aprendizaje en un periódico”.

proceder aquí a su lectura<sup>12</sup>. Podemos hablar de Bravo Murillo o de Ríos Rosas, de Luís González Bravo o Antonio Alcalá Galiano, de Joaquín María López o Donoso Cortés, de Cándido Nocedal o Juan Vázquez de Mella, de Pi y Margall o Castelar, de Cánovas del Castillo o de Sagasta<sup>13</sup>.

Todavía se aprecian restos de esa tendencia en el primer tercio del siglo XX, con nombres tan destacados como los presidentes del Gobierno José Canalejas, Alejandro Lerroux, José María Gil Robles, Joaquín Chapaprieta y Manuel Portela Valladares. O los ministros Marcelino Domingo, Indalecio Prieto, Nicolau d'Olwer, Álvaro de Albornoz, Juan Usabiaga, Rafael Salazar Alonso, Federico Salmón, Luís Lucia, Eloy Vaquero y Rafael Guerra del Río (todos ellos fueron directores, redactores, propietarios o colaboradores asiduos, pero no queremos seguir añadiendo nombres para no hacer esta lista interminable). Hasta los dos presidentes de la República, Niceto Alcalá Zamora y Manuel Azaña, tuvieron una actividad periodística notable. El historiador Antonio Checa asegura que si bien se ha hablado de una “república de intelectuales”, con mayor razón habría que decir que la Segunda fue “una república de periodistas”: no de otra manera hay que pensar cuando se contabilizan cuarenta y siete en los escaños de las Cortes constituyentes, el grupo profesional más numeroso después de los catedráticos y los abogados. Todo ello evidencia que a los altos cargos se ascendía desde el Derecho y desde la Función Pública, claro está, pero se llegaba sobre todo desde una actitud combativa en los periódicos y con la firma al pie de clamorosas apologías o de soflamas demoleedoras.

Cuando Wenceslao Fernández Flórez, cronista parlamentario del diario *Abc* en los años veinte y treinta del pasado siglo, recordaba sus años de actividad en el Congreso, afirmaba: “La tribuna de la Prensa era una colmena de aspirantes a concejales, a Gobiernos civiles, a actas de diputados, a empleos de los que podía disponer fácilmente un personaje. Casi todos aquellos ‘luchadores’ –denominación muy al uso– estaban adscritos a uno de estos y lo jaleaban

---

<sup>12</sup> Algo que no solamente es achacable a la entente que se da entre política y prensa en España, porque –según se ha dicho en una *Historia de la comunicación social*– “algunos historiadores han recordado que sumando los nombres de unas pocas redacciones se confeccionaron los gobiernos surgidos de las revoluciones francesas de 1830 y 1848”.

<sup>13</sup> Antonio Espina señala que en el primer Gobierno de la Restauración “todos los ministros, sin excepción, habían sido periodistas [sigue una larga enumeración], unos de derecha isabelinos y aun carlistoides, como Orovio y López de Ayala, y otros de izquierda, como Romero Robledo y Cárdenas”. Esta tendencia no se va a manifestar con la misma intensidad a partir de entonces, aunque se producirán repuntes (por ejemplo durante los años de la II República). Cánovas fue director o colaborador de varios periódicos en la época isabelina, incluso libelista de un semanario agresivo y procaz, *El Murciélagos*: “Cuando era ya personaje le daba mucha rabia que le recordasen esto” (pp. 180 y 181). Allí coincidió con González Bravo.

inconteniblemente en sus intervenciones, y a veces el barullo obligaba al ujier a amonestarnos requiriendo compostura con paternal acento” (Cf. González Ruiz: 380).

Lo que pretendían otros era asentarse en la tribuna de las letras. Su intención era acostumbrarse a escribir y de esa manera de los diarios pasarían a los libros, de la aceptación popular a la consideración ilustrada. Después de haberse hecho una firma, como se decía entonces, progresarían hasta llegar a libar las mieles de la literatura<sup>14</sup>. Así ocurrió con Manuel Bretón de los Herreros y Juan Eugenio de Hartzenbusch, Gustavo Adolfo Bécquer y el duque de Rivas, Juan Valera, Pérez Galdós y José Zorrilla, Leopoldo Alas y Mesonero Romanos, Pedro Antonio de Alarcón y Vicente Blasco Ibañez, Emilia Pardo Bazán y Ortega Munilla, Josep Pla y Camilo José Cela. No hace falta seguir, porque obtendríamos una lista no menos prolífica de cultivadores de la pluma<sup>15</sup>. Hay quien destaca briosamente en los dos campos, como es el caso de Gaspar Núñez de Arce, periodista en *El Observador* y en *La Iberia*, pero también celebrado poeta (*Gritos de combate*) y dramaturgo (*El haz de leña*), al tiempo que ministro de Ultramar en uno de los Gobiernos de Sagasta y senador vitalicio.

Ni qué decir tiene que poco a poco se abrió paso la inclinación voluntariosa hacia la prensa por parte de algunos, primero, y muchos, después, conscientes del valor que representaba el trabajar exclusivamente como periodistas, sin otras miras ni otras ambiciones. Hay alusiones de Larra en este sentido y conductas coherentes por parte de otros. Un editorial de *El Imparcial* se posiciona claramente, pues “si nosotros volviéramos a nacer y el destino nos colocara de nuevo en el camino del periodismo, no ambicionaríamos para la lápida de nuestro sepulcro otra inscripción que esta: Fue periodista y nada más”<sup>16</sup>. A principios del siglo XX se había producido una sensible profesionalización: ya no son simples declaraciones. Un articulista de *Abc* asegura que son excepciones los que pasan como un relámpago, con “el fulgor bastante para lograr por el generoso impulso y calor del periódico salir de la nada, convertirse en cacique

---

<sup>14</sup> Cansinos recoge unas palabras de Carmen de Burgos: “Hoy, para darse a conocer en literatura, hay que hacer periodismo, cuando no se tiene dinero por su casa... Yo pienso hacer novela, tengo ya algo empezado; pero primero hay que hacerse firma en el periódico...” (p. 256 del t. I).

<sup>15</sup> Lo refrenda Cecilio Alonso a propósito de Ciges Aparicio, quien comenzó con el periodismo, pero acabó entregándose tanto a la literatura como a la política: “No se trata de un proceso desconocido, sino frecuente en su tiempo: el periódico contribuía a hacer políticos o escritores de quienes no poseían cualificación profesional alguna o habían pasado a contrapelo por una universidad anticuada en la que no se solían encontrar a gusto los jóvenes críticos del fin de siglo”. En la introducción a las novelas de Ciges (Valencia, Conselleria de Cultura de la Generalitat, 1986, p. 21).

<sup>16</sup> “El periodismo y los periodistas”, en *El Imparcial*, 20 de marzo de 1869.

político o en negociante sin escrúpulos, o para conquistarse una posición que por ningún otro medio lograron”. Frente a ellos se sitúa la mayoría, pues “los que viven la vida de la Prensa no aspiran a nada de eso; tienen el anhelo de ascender, pero siempre dentro de su profesión honrada, sin tratar de escalar posiciones, que muchas veces no logra el talento ni la osadía, sino el servilismo y la deshonra”<sup>17</sup>. Al menos hay reconocimiento y apoyo a quienes han elegido este camino y están decididos a seguirlo hasta el final.

## Ilustres y desdichados bohemios

Había también por entonces un contingente nada exiguo de quienes habían encontrado en la dedicación periodística una vía de escape para su vida desordenada. Bebedores y jugadores, conversadores compulsivos y holgazanes irremediables, amantes en suma de la vida alegre y despreocupada engrosaban las redacciones, donde no desentonaban. Espina habla del “bohemio impenitente, horro de todo sentido práctico, víctima con frecuencia del alcoholismo, que acaba hundiéndole” (p. 160). Zavala la presenta como “una burguesía intelectual, que, como bohemia, se ve condenada a la miseria y solo encuentra refugio en las actividades periodísticas, desde donde se abalanza contra la burguesía emprendedora y la sociedad capitalista” (p. 5). Cuando Cansinos visita por primera vez la redacción del republicano y clerófobo *El País*, observa “al fondo un viejo diván desvencijado, donde habían dormido sus sueños de borrachos toda una generación de ilustres y desdichados bohemios” (I, 59). Descargaban las tareas en sus compañeros o las realizaban de forma incongruente, mientras se volcaban en las francachelas y se aprovechaban de sus puestos para sablear a diestro y siniestro, para comer opíparamente de balde y obtener sustanciosos ingresos mediante el chantaje más descarado<sup>18</sup>.

El volumen de personas que adoptaron esta actitud es abultado y sus avatares han sido divulgados profusamente, aunque la mayoría pasaron sin pena ni gloria por su radical inconsistencia. Tanto novelas como libros memoriales

---

<sup>17</sup> Roberto de Palacio: “Los periodistas”, en el diario *Abc*, 27 de octubre de 1904.

<sup>18</sup> No faltan denuncias en ese sentido. Se sabe que Ciges Aparicio se retrajo de escribir en el diario *El País* cuando descubrió manejos inconfesables por parte de un compañero, quien aprovechaba artículos ajenos para extorsionar a diferentes empresas, las cuales se avenían a entregarle un número no despreciable de billetes con tal de que los problemas que les atenazaban no fueran aireados en sus páginas. Nombela cuenta lo que fue una experiencia personal: la visita de un periodista al presidente de un Banco, al que trata de chantajear con la amenaza de publicar una información que podría resultar perjudicial. El personaje no se arredra y le hace saber que, como se trata de una calumnia, ya se las verían ante los tribunales. Al fin nada se publicó, pues “era un anzuelo del género de los que por entonces no dejaban de utilizarse con éxito” (p. 1031).

han recogido aventuras y lances que a estas alturas parecen increíbles, pero que en determinadas épocas se las aceptaba con toda normalidad, aunque fueran excrecencias indebidas<sup>19</sup>. Es suficiente con pasar las páginas de Cansinos Asséns (*La novela de un literato*) o de Ciges Aparicio (*Del periódico y de la política*) para formarse una idea de la magnitud y la intensidad de semejantes desviaciones, que en ocasiones produjeron obras de una cierta calidad, pero en la literatura más que en el periodismo. Es que su verdadera aspiración (si es que tenían alguna) era aquella y la prensa no constituía sino un aliviadero para sus necesidades inmediatas<sup>20</sup>.

Basta recordar los nombres de Emilio Carrere, Rafael Delorme, Joaquín Dicenta, Pedro Luís de Gálvez, Enrique Gómez Carrillo, Prudencio Iglesias Hermida, Alejandro Sawa<sup>21</sup>, Alfonso Vidal y Planas<sup>22</sup> y Eduardo Zamacois, que cíclicamente recuperan algo de la fama, con su toque de malditismo, que les acompañó en vida. Gustaban de que se les calificara como “proletarios de la prensa”, como si no lo fueran la inmensa mayoría de quienes escribían, seleccionaban o recortaban textos ajenos en la gran mesa que ocupaba el centro de la redacción. Donde más abundaban era en los periódicos republicanos, pues allí primaba el entusiasmo ideológico sobre el profesional, con redactores “idealistas en unos casos, aventureros y bohemios casi todos, con sueldos de miseria y de

---

<sup>19</sup> Las primeras víctimas de estos comportamientos eran las esposas y los hijos. La identificación periodista-bohemio ha estado muy viva en ciertas mentalidades del pasado (no sabríamos decir si justa o injustamente). También en la película “Primera plana”, de Billy Wilder (1974). La mujer de uno de ellos lo tiene muy claro: “Estar casada con un periodista es peor que con un marido”.

<sup>20</sup> Para Cansinos, “los que primitivamente en la juventud ilusionada tuvieron una seria voluntad de arte, un grave propósito de creación, viéronse obligados por las vicisitudes de su vida sin rumbo a torcer la línea de su vocación, a hundirla en los léngamos más bajos. Se acogieron a las redacciones de los periódicos de batalla, asilo en todo tiempo, y aún hoy mismo, de escritores bohemios” (*Los temas literarios y su interpretación*, en Esteban-Zahareas, p. 148).

<sup>21</sup> Sevillano (1862-1909), después de un buen comienzo en los estudios (matrícula extraordinaria en la Facultad de Derecho), se lanza a la bohemia y su vida transcurre entre Madrid y París. Colaboró en diarios como *El Imparcial* y *El Liberal*, así como en revistas radicales. Su libro póstumo *Iluminaciones en la sombra* es una recopilación de trabajos suyos, entre los que se incluye una serie de escritos periodísticos. El final de su vida fue penoso, abandonado por todos: “Creyendo en mi prestigio literario he llamado a las puertas de los periódicos y de las cavernas editoriales y no me han respondido” (carta a Rubén Darío, 1908).

<sup>22</sup> El caso de Vidal y Planas (1891-1965) es muy llamativo. Colaborador y director de publicaciones muy variadas, como *El Parlamentario* y *El Loco*, asesinó de un tiro a su compañero Luís Antón del Olmet (marzo de 1923). Exiliado en 1939, se doctoró en Metafísica por la Universidad de Indianápolis (Estados Unidos) y pasó los últimos años de su vida como catedrático de filosofía en Tijuana (México). Al parecer durante la guerra civil salvó a varias personas de la muerte, a las que sacaba de las checas con su carnet de la CNT. No fue ese el comportamiento que se ha atribuido a Pedro Luís de Gálvez (1892-1940), a quien se hizo responsable del asesinato de Pedro Muñoz Seca, aunque también dicen que salvó de una muerte cierta al novelista Ricardo León y al portero Ricardo Zamora (después de la guerra Gálvez fue juzgado y ejecutado).

difícil cobro”, que compartían ilusiones con los correligionarios que acudían “a comentar la actualidad, a conspirar, a jugar a las cartas, a veces a dormir en sus desvencijados sillones” (Seoane-Sáiz, p. 99). Pocos de ellos llegaban a las plantillas de los medios importantes, porque lo normal era que intentaran colocar originales allá donde pudieran, casi siempre en los más modestos, sin demasiado entusiasmo.

Claro que las soldadas que se recibían durante todo el siglo XIX y buena parte del XX no eran como para entregarse arduosamente a la tarea. Siempre ha habido periodistas cuyas retribuciones han sido espléndidas, pero han sido más bien una minoría. A principios de la pasada centuria difícilmente un periodista bien situado llegaba a las doscientas pesetas mensuales (en los periódicos locales los sueldos eran irrisorios). Cuando se anunció que los redactores de *Abc* cobrarían cincuenta duros, sus compañeros no se lo creían. Desvois señala que “sin contrato de trabajo, sin derecho a indemnización en caso de despido, sin horarios fijos ni descanso dominical, la gran masa de los periodistas tiene condiciones de existencia similares a las del proletariado, si no peores. En Madrid, además de alcoholismo, de la venalidad e inmoralidad que les afectan con demasiada frecuencia, ciertas prácticas, aunque menos reprobables, contribuyen a mantenerles en una situación de cuasi marginación social” (p. 38).

Incluso dentro de las empresas informativas los periodistas se hallaban en desventaja frente a los compañeros tipógrafos (sector en el que habían calado las ideas socialistas a través de la UGT). En los años veinte del pasado siglo, cuando un redactor no alcanzaba las doscientas pesetas mensuales de sueldo, se podía encontrar que un operario de talleres superaba las trescientas. Estos lo habían conseguido a través de la lucha sindical, mientras que los periodistas, por lo general, se mantenían al margen de cualquier tipo de presión: ello se debía a una falta de conciencia de clase, a una desconfianza en lo que se podía lograr a través de los sindicatos y a la apreciación de una superioridad de sus tareas, lo que les apartaba de estar pendientes de unos “detalles” que consideraban prescindibles (tenían bastante con el acceso a las personalidades del momento, a las que trataban confianzudamente en función del cometido que desempeñaban)<sup>23</sup>. Este último punto es glosado por Rius Sanchís: “El trabajo en la redacción permite

---

<sup>23</sup> El ejercicio de la profesión “no ha sido en todo tiempo más que *pane lucrando* para los que podrían llamarse jornaleros de la prensa. Actualmente hay algunos que cobran sueldos de importancia, pero se da el caso de modestos periodistas que, conversando todos los días con ministros, diputados, senadores, generales, magistrados, y disfrutando el privilegio de interrogar a estos prohombres con familiaridad y hasta con impertinencia, ganan poco más, y a veces menos que un buen oficial albañil o un hábil oficial carpintero”. Es la visión que ofrece Nombela en sus memorias (1909-1912), p. 988.

codearse con los famosos del momento, lo que suple, en parte, la paupérrima nómina. En ocasiones, porque supone la vía de acceso a puestos interesantes, según el tipo de relaciones emprendidas, pero también puede suponer la vía de acceso a los espejismos” (p. 36).

No faltan confesiones muy lastimosas que, a estas alturas, nos permiten asomarnos a la realidad, tal como era vivida por quienes contemplaban a cada paso lo que sucedía a su alrededor. León Roch (Francisco Pérez Mateos) hablaba del salto milagroso de muchos periodistas que pasaban del almuerzo de un lunes a la comida de un jueves, sin tropezar con un miserable garbanzo. Baroja se refiere a lo pintorescas que resultaban algunas redacciones: “Todavía quedaban muchas en donde no cobraba nadie, ni siquiera el director”<sup>24</sup>.

López Pinillos, que firmaba con frecuencia como Parmeno, retrataba de manera implacable a ese periodista cuyo trabajo todos consideran que es alegre y descansado: un hombre que se mueve con soltura por todas partes, que es “temido, adulado, odiado y agasajado”, al que se le pueden pedir toda clase de favores, con la seguridad de que sus relaciones le permiten acceder a todos los ruegos. Pero, “¿cómo vive el envidiado dispensador de mercedes”. No exactamente como aparece ante los demás: “Antes, de la silla de una redacción se pasaba a la poltrona de un ministerio. Ahora, al ministerio no se llega jamás, como no sea a pedir un destinejo, y al camastro de un hospital se va con desoladora frecuencia”<sup>25</sup>. Chaves Nogales (1929) cree superada esta etapa, pues explica que en el pasado “había unos tipos de literatoides o politicoides que querían ser académicos o directores generales sin fuerzas para ello y navegaban al socaire del periódico, asistidos por unos pobres diablos menesterosos que les llenaban las hojas, aportando noticias redactadas con una prosa auténticamente vil que se retribuía con setenta y cinco pesetas de sueldo al mes y una especie

---

<sup>24</sup> *Desde la última vuelta del camino III* (Cf. Esteban-Zahareas, p. 111). Estos autores recogen lo que Diego San José recordaba de Emilio Carrere, de cuando fue a llevarle unos versos para insertarlos en *El Globo*, el diario castelariano donde cuidaba de unas páginas: “Yo dirijo la hoja literaria que este viejo periódico publica los domingos, y desde luego los acepto para el próximo número. Supongo que no tendrá la funambulesca idea de cobrarlos. Magdaleno de Castro, que es el director y propietario, no paga más que con localidades de teatro. Eso sí, puede usted elegir el que más le agrade, no siendo el Salón Japonés y el Chaintclair, que los tiene reservados para él...” (p. 161).

<sup>25</sup> “El hambre de los periodistas”, en *Alma Española*, 31 de enero de 1904. Pero esta situación no solamente se daba en España. Un personaje de la película norteamericana “Primera plana” proclama su alegría al ser contratado como publicitario: “Voy a ser la envidia de todos los periodistas: un atajo de pobres diablos con los codos rotos y los pantalones llenos de agujeros que miran por la cerradura y que despiertan a la gente a media noche para preguntarle qué opina de fulanito o menganito (...) ¿Qué beneficios me ha reportado el periodismo? Yo no quiero acabar, como acabaréis vosotros, corrigiendo pruebas, encorvado, con el pelo blanco, sin vista apenas y mangando pitillos a los empleados”.



de patente de corso” (p. 332). No se puede aplicar a todos, claro está, pero no es hablar por hablar la situación que presentan estos autores.

Clarín defendió insistentemente (con la constancia y pasión que ponía en dar a conocer sus ideas) algo bastante obvio: que el periodista debe cobrar por su trabajo. En una ocasión fantasea con un colaborador, al que denomina Gratis, que destaca por esa disponibilidad obsequiosa, pues siempre llega con un artículo debajo del brazo para suplir las insuficiencias que acaecen, y claro que los directores o propietarios lo acogen con interesada preferencia<sup>26</sup>. En otro texto todavía se muestra más contundente, pues se lanza contra el periodista “gratuito y obligatorio”, al que tacha de “infame”: “Es la filoxera del oficio; es el presidiario de la prensa, la competencia inmoral de la vanidad y de la tontería y el niño mimado de los directores”<sup>27</sup>. Son muchas las citas que se podrían recoger y Lissorgues destaca que tal actitud es una defensa de los *garbanzos*, pero también representa una cuestión de ética profesional: “Los periodistas que no cobran son malos y perjudican moralmente al oficio” (p. 16). Como si no hubiera bastante con los sueldos de miseria, a los que no tenían más remedio que acogerse los que deseaban formar parte de una redacción.

También influía en la minusvaloración que sufrían el hecho de que fueran legión los que se acercaban a los periódicos con afán de progresar a través suyo. En el drama *La redacción de un periódico*, de Manuel Bretón de los Herreros (1836), se deslizan unos versos que nos dan una idea de esa plétora: “Pero cesó el privilegio/ y hay plaga de publicistas,/ y se echan a periodistas/ los muchachos de colegio./ ¿Cómo el lucro del oficio/ a tantos ha de alcanzar?/ Si cuatro pueden medrar,/ cuarenta van al hospicio”. No abundan los datos que certifiquen con exactitud el número de quienes habían adoptado esta dedicación, pero no eran pocos. En el censo de 1877 se consignan 1661, aunque aparecen con la vitola de escritores públicos (que por entonces venía a ser lo mismo). A finales de siglo, según Ernesto Bark, había unos cuatro mil trabajadores de la pluma y otros tantos aportaban sus colaboraciones. Parece una exageración, pero no tanto si tenemos en cuenta que la abundancia de diarios es colosal: solo en Madrid anota treinta y siete; en Barcelona, catorce, y en Sevilla, doce (Cf. Zavala, p. 22).

---

<sup>26</sup> En *El Porvenir*, 11 de octubre de 1882.

<sup>27</sup> En *Madrid Político*, 20 de febrero de 1885.

## Salir adelante como fuera

La situación era deplorable para muchos de ellos y eso llevaba a que algunos vieran justificado el buscarse la vida con artimañas poco decorosas. El diccionario de Rico y Amat (1855) bromea con las percepciones de los periodistas: “Para muchos es un oficio como otro cualquiera, que si bien no produce dinero, da en cambio popularidad, que en algunas épocas da para adquirir aquel” (p. 276). “El gacetillero es un principiante sin sueldo, y si lo tiene es tan menguado, que apenas le basta para café y tabaco”, afirma Díaz de Benjumea (1881). Este pone unas reveladoras palabras en boca de un cínico director, a quien el cándido aspirante confía haber complacido: “El puesto que usted ocupa en mi redacción es una mina, y así no extrañará que le señale honorarios. ¡Honorarios! ¿Qué digo? Cuando yo era gacetillero pagaba una prima al director del periódico, y así debía ser por regla general. Con que ingeniarse y aprenda usted a explotarla” (p. 453).

¡Claro que se las ingeniaban! Lo más frecuente era maniobrar para obtener un puesto de funcionario, al que no atendían en absoluto, pero del que cobraban religiosamente. En el retrato que traza Soriano de Castro del gacetillero, un muchacho descarado, que sorprende por su verbosidad y que redacta noticias sin parar<sup>28</sup>, le vemos colocado en el Tribunal de Cuentas por seis mil reales, “sin tener siquiera obligación de parecer (sic) por la calle de Fuencarral más que el día que se firma la nómina... si se firma, por supuesto” (p. 149)<sup>29</sup>. Nombela cuenta el caso de su amigo Eusebio Blasco, que formó parte de muchas redacciones, en Madrid y en París, al tiempo que escribía comedias para subvenir a la vida de lujo a la que estaba acostumbrado: le nombraron oficial de Correos y le encontró un día perdido por las escaleras de la sede central en busca del habilitado: “Como no vengo más que una vez al mes a cobrar la paga, se me olvida el camino y siempre tengo que preguntar” (p. 988). Cansinos deja caer con frecuencia noticias que le llegan sobre ciertas componendas. Por ejemplo, cuenta haber oído historias vergonzosas de quienes “figuraban en nóminas oficiales como guardias de seguridad, matarifes e, incluso, amas de cría” (p. 111 del t. I).

---

<sup>28</sup> Algunas verdaderamente antológicas por absurdas: “Ayer atravesaba una niña de unos catorce años la calle del Oso a tiempo que un coche bajaba al paso. Si bien no la cogió, pudo cogerla; por lo cual y afortunadamente, no ocurrió más que el susto consiguiente sin que nadie se apercebiera del hecho” (p. 155). Nombela afirma que la gacetilla era una de las secciones “más favorecidas”, que “se formaba con noticias más o menos auténticas” (p. 396).

<sup>29</sup> Según Espina, “el periodista o escritor de entonces, a poco que destacase, rara vez quedaba huérfano de la ayuda oficial. Sin necesidad de acudir a bajos procedimientos lograba un empleo en cualquier Ministerio, al que no iba nunca a trabajar, pero sí puntualmente a cobrar un sueldo todos los primeros de mes” (p. 153).

Para conseguir todas esas prebendas había que plegarse a las directrices de quienes ostentaban algún tipo de poder y tomar la dirección que más provecho podía reportar. En uno de sus artículos Larra se despacha a gusto con las inconsistencias y contrasentidos que observa en el comportamiento de sus compañeros: “Como la caña, ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella (...); ha de dejarse podar como y cuando Dios disponga, y tomar la dirección que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso (...); ha de oler a rosa para los altos, y a espliego para los bajos...”<sup>30</sup> Por razones semejantes concluye Andueza que “en buena lógica debemos deducir que el verdadero Periodista no tiene opinión propia, independiente y segura, porque es un *cata-viento* que se dirige al rumbo, hacia donde le impelen la fuerza de las circunstancias y los apuros de la situación”. Cuando el Gobierno cae, su personaje solicitará que le vuelvan a reponer en su puesto y “según este proceda con él, así le defenderá o le hará la oposición, aunque sea el mejor ministerio del mundo: pero no hay cuidado de que en sus artículos aparezca el verdadero móvil de su conducta” (p. 211). De todo ello se desprende un escéptico colofón: “En una palabra; la conciencia del periodista es una gran almoneda de donde se lleva los géneros el comprador que más paga por ellos” (p. 214).

Algo similar apuntará décadas después Manuel Bueno: “Escribe dócilmente sus cuartillas sin hacer alardes, que siempre resultarían intempestivos, de su independencia intelectual, y procura allegar dignamente con su pluma las amistades que habrán de redimirle de su esclavitud” (Cf. Correa Calderón, p. 1081 del t. II). En una novela de Luís Araquistain aparece un periodista que no tiene inconveniente en mostrarse de un color u otro: “Había sido redactor de periódicos de las más diversas opiniones: desde los de extrema izquierda hasta los de extrema derecha, y en todo ellos había escrito los artículos de fondo más opuestos con idéntico y ardoroso cinismo” (p. 71). No hace falta que estos autores le echen mucha imaginación a la situación que describen, porque es lo que venían observando a su alrededor.

A partir de ahí es fácil deducir lo que estaba ocurriendo y es que periodistas y políticos establecían en ocasiones verdaderos contubernios para beneficiarse mutuamente. Fernández Sebastián alude al “recurso casi sistemático de los gobiernos de la Restauración a los llamados *fondos de reptiles*, que, a través del soborno o de la subvención solapada a determinadas cabeceras, llegan a urdir un

---

<sup>30</sup> “El hombre pone...” (1985: 222).

auténtico entramado periodístico subterráneo, oculto tras los balances oficiales de las empresas” (p. 530)<sup>31</sup>. A ello habría que añadir los “subsidios” que se recibían de algunas embajadas extranjeras, las cuales repartían generosamente sus dádivas para contar con aliados para sus intereses<sup>32</sup>. De esta manera algunos se lucraban con suculentos enjuagues, sin importarles de dónde procedían esas cantidades y sin mala conciencia por el despilfarro (*nihil novum...*).

Eran los afortunados, por supuesto, porque después estaban los que vivían menesterosamente y tenían que aceptar cualquier encargo para sacar adelante a la familia. Un ejemplo más, extraído de un artículo publicado en 1917: “Es un hecho innegable y, hasta cierto punto, lógico aun cuando nos duela mucho confesarlo: los periodistas republicanos han tenido que sumarse a sus enemigos políticos en las redacciones monárquicas... Esos mismos periodistas, en épocas de fervor revolucionario, serían capaces de morir heroicamente en las barricadas, pero en las tristes circunstancias actuales, donde todo es sombra y olvido, no tienen ni pueden exigirseles, el valor extrahumano de privar a sus mujeres e hijos del derecho a la vida, dejándolos sin pan y sin hogar...”<sup>33</sup> Otro, que aparece en las memorias de Cansinos, con interpelaciones dirigidas a Fabián Vidal<sup>34</sup>: “Eres republicano y trabajas en un periódico ministerial, monárquico... y tienes que darles bombo a Maura o a Dato, cuando el director te lo manda... Había que ver el suelto que el otro día le dedicabas a S. M. porque se había bajado del coche..., para acompañar el santolío..., ja..., ja...” (p. 284 del t. I). A la vista de semejantes situaciones cabe recordar las palabras de Fernando Martín-Sánchez: “Podemos exigir que los periodistas sean hombres dignos, pero no podemos pedir que el padre de familia periodista sea héroe todas las noches” (p. 616).

Se produce al mismo tiempo una sublimación del estado de penuria que acompaña con frecuencia la vida de estos trabajadores. Es curioso un artículo que publica el diario *Abc* en 1904, con la firma de Kasabal (José Gutiérrez Abascal), donde descubre la modestia con la que vivieron algunos de los más

---

<sup>31</sup> El historiador Carlos Seco Serrano ofrece curiosos datos sobre estas corruptelas (de las que se beneficiaron tantos periodistas y periódicos durante la Restauración) en su estudio “Gastos reservados=Fondo de reptiles” (Cf. Núñez Díaz-Balart, pp. 285-294). Se apoyaba a los adictos, pero también a personajes ambiguos, como el periodista –por entonces revolucionario– Alejandro Lerroux.

<sup>32</sup> Parece demostrado que este fue un comportamiento generalizado durante la I Guerra Mundial. Gómez Aparicio ofrece detalles sobre las cantidades que se manejaron: “Inevitablemente y a lo largo de toda la contienda, fue tenaz la lucha entre las Embajadas de ambos bandos por procurarse en España el apoyo de una Prensa en todo lo posible numerosa e influyente” (1974: 438).

<sup>33</sup> B. Pallol: “Un conflicto”, en *El Mercantil Valenciano*, 22 de enero de 1917.

<sup>34</sup> Seudónimo de Enrique Fajardo y Fernández (1883-1948), que entonces trabajaba en *La Correspondencia de España*.

notables, como es el caso de Andrés Borrego, “el hombre inteligente, laborioso y emprendedor que tanto contribuyó a la cultura y progreso de su patria, no desempeñó ningún cargo público, pues no llegó a tomar posesión del cargo de ministro de España en Grecia para que fue nombrado, no disfrutó de haberes pasivos, y abrumado por el peso de los años, murió a una edad avanzada en un modesto piso de la calle de Fuencarral, teniendo que trabajar para atender a su subsistencia, y dejando al exhalar el último suspiro en la más triste situación a su esposa”.

De Mesonero Romanos cuenta que tampoco desempeñó “posiciones oficiales” y que “no cobró en su larga y honrosa vida (...) ni un solo céntimo del presupuesto”. Son citados también elogiosamente por estas razones Federico Balart, Carlos Rubio, Fernando Garrido, Roque Barcia y Ramón Cala. Y es que “siempre ha ido el desinterés unido a la vida de periodistas ilustres; siempre dieron muy raras muestras de carecer de sentido práctico los que tanto contribuyeron a la cultura de su patria”<sup>35</sup>. Seguramente los nombres que aquí se consignan corresponden, por lo que sabemos, a comportamientos muy decorosos, pero no hace falta decir que en otros casos hay constancia de todo lo contrario.

## Intereses espúreos

Las empresas no siempre han apoyado a sus redactores, ni ante el poder político ni ante el económico ni por supuesto ante esos poderes sutiles y viscosos que llegan a todas partes y que se ignora de dónde procede su legitimidad, mejor dicho se sospecha que legitimidad no tienen ninguna. Pero es muy difícil plantarles cara y ante ellos se alza la figura impotente y desvalida de quien no le queda más remedio que claudicar, en todo o en parte, sabiendo sin embargo que se encuentra tan cargado de razones como de miedos<sup>36</sup>. Buena parte de las empresas se hallan al servicio de partidos políticos o grupos de presión. Aquellos periódicos del siglo XIX que soportaban una vigorosa carga ideológica<sup>37</sup> han desaparecido, pero menos de lo que se piensa, pues lo que han hecho ha sido transformar los planteamientos: sus contundentes y pesados alegatos

---

<sup>35</sup> Kasabal: “Periodistas ilustres y desinteresados”, en *Abc*, 24 de marzo de 1904.

<sup>36</sup> Daniel Gavela, antiguo director de la SER, es tremendamente severo en su juicio: “Hoy la mayor parte de los medios de comunicación, para humillación y vergüenza de los profesionales que son los primeros en sufrirlos, van del ronzal y con orejeras” (“Periodismo de mármol”, en *El País*, 7 de febrero de 2001, p. 12). En todas las épocas se ha podido decir algo semejante.

<sup>37</sup> La que ridiculizaba Donoso Cortés cuando escribía que “un periódico es la voz de un partido que está siempre diciendo a sí mismo: santo, santo, santo” (p. 487 del t. II).

ciertamente han dejado paso a la información, pero sesgada en buena medida, orientada a los fines que persiguen (políticos en ocasiones, pero económicos en mayor medida), con una llamativa endeblez en los contenidos (en función de lo poco que se arriesga y de las menguadas inversiones)<sup>38</sup>.

Viene de lejos el afán de algunos por obtener suculentos réditos a través de la compra de cabeceras. Flores ya los retrataba en 1893 con estas palabras: “El propietario de un periódico lo es casi siempre un hombre político, que tiene algún capitalista que le cubra las espaldas y le ampare contra la mala voluntad del fiscal de imprenta, apuntándole en el *debe* de la cuenta corriente, que le abre al efecto, las multas y todos los gastos de redacción e imprenta, y preparando un *haber* muy largo para las contratas y otros servicios análogos que espera hacer cuando el redactor en jefe sea ministro”. Incluso puede ser “un comerciante que quiere fundar un periódico para un objeto dado, o varios a la vez, aunque sea alguna gran jugada de Bolsa o cosa más pequeña, pero también de bolsillo, en cual caso busca los redactores y los ajusta como a mancebos de tienda, y si los halla les exige tales cosas que la empresa acaba como el rosario de la Aurora” (p. 379 del t. II). Pequeñas corruptelas comparadas con algunas de las que trascienden en nuestros días. Pero es que para muchos de los que lanzan o compran cabeceras, “un periódico no es una empresa literaria confiada a los que estudian y saben, sino una máquina de guerra que conducen y dirigen los osados”, como escribía Donoso Cortés<sup>39</sup>.

Para esos fines, con frecuencia ni diáfanos ni aceptables, siempre se encuentra abundante mano de obra, dispuesta a cargar con todas las tareas. Hay unas palabras durísimas que escribió López Pinillos y que no renuncio a reproducir aquí: “Claro es que el cuarto poder no es el poder nuestro, sino el poder de los señores que nos utilizan. Sabido es que un gacetero puede conseguirlo todo, menos medrar; puede pedir para todos, menos para él; puede hacer todos los milagros, menos el milagro de aherrojar a su voltaria fortuna. Y nadie ignora –aunque lo confiesen pocos– que la prensa es una sólida y altísima escalera, y que por esa escalera les está prohibido trepar a los periodistas, por la sencilla razón de que los peldaños son ellos. Y si faltasen los peldaños, ¿cómo iban a

---

<sup>38</sup> Fernando Martín-Sánchez aludía a esas cargas diversas que soportan los medios (intérpretese la cita desde la perspectiva del estatismo franquista en el que se vivía en los pasados años cincuenta): “Se considera a la Prensa tiranizada y esclavizada por el Estado. No. Hay muchos más opresores de la Prensa. Hay opresores a cada paso en el orden económico, en el orden político, y de todas esas opresiones y posibles esclavitudes son de las que tenemos que libertar a la Prensa” (p. 613).

<sup>39</sup> En *El Correo Nacional* (Cf. Fernández Sebastián y Fuentes, p. 529).

ascender esos señores, incapaces de construir escaleras con el propio esfuerzo?” (p. 71). Más contundencia no cabe.

Es que se recurre a profesionales competentes y sacrificados que, dada la situación en la que nos movemos (en el pasado y en el presente), aceptan unas condiciones de trabajo y unas remuneraciones que llegan a extremos ignominiosos. Quienes hemos conocido tiempos mejores y hemos trabajado en empresas generosas nos indignamos al ver cómo son tratados la mayoría de los estudiantes en prácticas o los más jóvenes de los redactores: contratiempos que no solamente les perjudican a ellos, sino también a los usuarios de los medios, porque se encontrarán con una falta de rigor y unos comportamientos inapropiados, pues esos principiantes posiblemente no tienen más remedio que actuar de manera deficiente con tal de salir adelante en las circunstancias en las que ejercen su trabajo<sup>40</sup>.

Las referencias desgraciadas que nos han llegado, como todas las anteriores, son abundantes y parecería una etapa superada si no fuera porque ahora mismo nos encontramos en una fase de caída a los abismos. No de otra manera tenemos que considerar los despidos masivos (se calcula que la crisis de los últimos años ha consumido ocho mil empleos), las jubilaciones anticipadas, la necesidad de emigrar hacia otras actividades y hasta el vergonzoso problema al que se intenta hacer frente con la corriente de “sin salario no trabajo”. Es verdad que la estampida juvenil hacia nuestras profesiones se ha desbocado en las últimas décadas, inundando el mercado de una mano de obra imposible de asumir, a pesar de la abundancia de medios de comunicación y de la ampliación de su área de cobertura<sup>41</sup>.

Muchos de los que terminan la carrera y llegan al mercado de trabajo, al darse cuenta de las dificultades insuperables que se les presentan, buscan la manera de abrirse camino en labores que guardan una lejana relación con lo suyo (en ocasiones no tanto y deben conformarse con lo primero que encuentran). Pero, ¿qué pueden hacer los que acceden a la profesión con auténtica pasión

---

<sup>40</sup> Es muy revelador que graves cuestiones que el colectivo se planteaba en el pasado (libertad de expresión, sociedades de redactores, cláusula de conciencia...) ya han dejado de estar presentes en la agenda de los últimos tiempos. Se nota que las cuestiones más perentorias (por ejemplo, mantenerse en el trabajo al precio que sea) lo dominan todo.

<sup>41</sup> Era una situación que se veía venir. Hace casi cuarenta años escribíamos: “Se nos insiste en el dinero que cada universitario cuesta al Estado, pero, mientras, el propio Estado trabaja en fabricar periodistas como churros, cuando con toda seguridad se puede decir que su título no les dará opción a un trabajo en esta bendita profesión nuestra, por la sencilla razón que las plazas son muy reducidas” (*Vida Nueva*, 9 de febrero de 1974, p. 41).

vocacional y quieren seguir adelante por encima de todo? Luchar por meter la cabeza en un medio, aunque sea soportando unas remuneraciones indignas, es para muchos la única solución. Lo retrataban hace poco con sarcasmo: “El periodismo es una profesión de riesgo. El mayor de ellos es el de morir de hambre. Suele el común general idealizar al periodista como una especie de Superman quijotesco siempre dispuesto a *desfacer* entuertos, defender al menesteroso frente al potentado, y sacar brillo a la verdad con las teclas de su portátil. Y desconoce que la principal preocupación del periodista moderno es llegar a fin de mes”<sup>42</sup>. En el caso de los jóvenes no es ninguna broma. Hace tiempo que hemos vuelto al “meritoriaje” que tanto se practicó a principios del siglo pasado, cuando los candidatos a formar parte de una redacción tenían que hacer méritos para ingresar en sus plantillas y para ello trabajaban durante un tiempo prácticamente de forma gratuita (cf. Desvois, pp. 35-36).

Hace unos pocos años ya se alertó desde las organizaciones profesionales sobre “la creciente precariedad laboral que perjudica el ejercicio del periodismo en España”, pues para servir al medio y a los ciudadanos se necesitan unos contratos y unas retribuciones que no se sitúen debajo del umbral de la dignidad: en ese caso “no permiten ejercer un periodismo libre, crítico, riguroso”<sup>43</sup>. Encuestas recientes ofrecen datos muy reveladores sobre el grado de insatisfacción que todo ello produce<sup>44</sup>. Mientras tanto, determinados propietarios y directivos se benefician de unos emolumentos exagerados, disparatados respecto a los percibidos por quienes se hallan en el otro extremo de la escala laboral. Aparte de las ventajas que logran en el campo político o, con mucha mayor frecuencia, en los negocios.

Esa situación se vivió antes de forma dramática y naturalmente propició las características sociales y humanas de quienes se acercaron a las cabeceras novecentistas. A ello habría que añadir el hecho ya citado de que el periodismo no fuera una meta, sino un escalón hacia objetivos más brillantes y mejor remunerados. Se pasaba por todo aquello con tal de alcanzar lo que importaba,

---

<sup>42</sup> Ramón Muñoz: “¡Noticia bomba!”, en *El País*, 6 de septiembre de 2010, p. 16 del suplemento “Madrid”.

<sup>43</sup> “Manifiesto ante la precariedad de los periodistas”, suscrito por la Asociación de la Prensa de Madrid y el Col.legi de Periodistes de Catalunya en diciembre de 2007. Detallan las dificultades que se encuentran para la inserción laboral de los jóvenes y el trato que reciben los colaboradores. Denuncian que “algunos medios de comunicación reducen costes con la sustitución de periodistas con experiencia y derechos laborales reconocidos, por recién licenciados con más vulnerabilidad laboral y profesional. Las redacciones pierden experiencia y capacidad, lo cual empobrece la calidad de los medios y deteriora la independencia de los periodistas”.

<sup>44</sup> Atiéndase a los trabajos de Diezhandino, Bezunartea y Coca (1994), Ortega y Humanes (2000), García de Cortázar y García de León (2000) y Rodríguez Andrés (2002).



el progreso en el campo de la política o en el de la literatura. Pero cuando no se avanzaba lo suficiente venían las exigencias de sobres sin justificación o de prebendas inmerecidas: “Periodista conozco yo a quien ha sido preciso darle un buen destino siquiera para que calle”, dejaban caer hace casi dos siglos<sup>45</sup>.

Eran gentes que intentaban sacar su tajada a tanto sometimiento, porque tenían conciencia de hallarse en un ambiente donde solo figuraban como peones de intereses ajenos, que en ocasiones no llegaban (no llegamos, ¡ay!) a conocer nunca. Lo cual no quiere decir que todos cayeran por tales despeñaderos, porque en todos los momentos y en todas las épocas han surgido periodistas valientes y arriesgados que han sabido cuál debía ser su actitud. Fueran correspondidos o no. Larra, por ejemplo, se situaba entre los “hombres que no reconocen miedo ni precio; hombres que no admiten ni admitirán nunca destinos del gobierno, ni promesas de partido; hombres, en fin, que tienen tanto orgullo, fundado o no, para escribir otra cosa que lo que se dice”<sup>46</sup>. A principios del siglo XX apuntaba González-Blanco: “Siendo el periodismo en nuestra sociedad una profesión lógica, noble y realmente libre, cada vez más debe apartarse de esas groseras pasiones políticas que se desbordan sin respeto a la urbanidad y a la decencia. Para que la prensa pueda cumplir su excelsa misión social, es menester que se aísle en absoluto de las bastardas ambiciones de las empresas anunciadoras, del abyecto espíritu de adulación, de la consigna política, del gubernamentalismo esclavizante” (p. 251).

Es toda una corriente de dignificación de la profesión que había ido calando desde finales del ochocientos y que trataba de implantarse entre las actitudes deshonestas que tanto han abundado siempre. Cuando iba a salir el diario *El Sol*, su mentor Nicolás María Urgoiti redacta las bases sobre las que se asentará aquella fundación y allí deja claro que “los redactores del diario trabajen con absoluta independencia de otras obligaciones y no estén ligados a otro interés que el de llevar adelante la publicación y mantenerla en alto con gran prestigio (...) Desde el Director hasta el último de los repórters, mientras estén al servicio del periódico, quedarán incapacitados para solicitar puestos públicos de ninguna clase, implicando la aceptación de cualquier destino, el cese definitivo en la nómina”<sup>47</sup>. Lo había asumido el propio director, Félix Lorenzo, quien explicaba en una entrevista el entusiasmo que les producía el contar con “escritores y

---

<sup>45</sup> En *El Censor*, 30 de septiembre de 1820 (citado por López de Zuazo).

<sup>46</sup> En la crítica a *La redacción de un periódico*, de Manuel Bretón de los Herreros, publicada en *El Español*, 8 de julio de 1836.

<sup>47</sup> Citado por Desvois, p. 40.

periodistas todos de renombre, todos de probada e intachable austeridad, y todos convictos y confesos de no sentir el más ligero deseo de ocupar cargos públicos” (Cabrera, p. 106)<sup>48</sup>. Tal vez sea mucho pedir, porque estamos seguros de que esos objetivos tan ambiciosos, de mantenernos al margen de intereses partidistas o mercantiles, van a costar denodados esfuerzos y algunos hasta piensan que no los alcanzaremos. Pero nunca hay que rendirse.

Cuestiones como las citadas tienen menos presencia o intensidad en nuestros días, sin que se manifieste una desaparición total, pero es posible que se hayan acentuado en cambio otras que notamos asentadas en exceso en el mundo del periodismo. Nos referimos a la superficialidad, la rutina, el sensacionalismo y la falta de ética. La prisa lo justifica todo: los errores, las lagunas y la falta de comprobaciones<sup>49</sup>. No les importa el errar en los pequeños detalles (para ellos no tienen relevancia) ni exagerar, pero es que no se dan cuenta de que ese es un camino ascendente que una vez se emprende lleva a que tampoco se preste atención a cuestiones de mayor calado, como si todo diera igual<sup>50</sup>. Eso por no citar los intereses personales o empresariales que llevan a los extravíos y descuidos, a ocuparse de los temas con superficialidad y prepotencia<sup>51</sup>, la atención interesada hacia las fuentes oficiales o aquellas de las que se obtiene algún

---

<sup>48</sup> Con desmesurado optimismo afirmaba en las páginas del diario argentino *La Razón*: “En nosotros acaba la mala tradición española de que el desempeño de cargos importantes en una Redacción conduzca derechamente a intervenir en la gobernación del país desde poltronas más o menos pingües” (*Ibidem*).

<sup>49</sup> Manuel Bueno ironizaba al respecto: “La misma fugacidad del periódico absuelve al escritor de los yerros, extravíos de juicio y mentecateces en que incurre a diario, con tal, naturalmente, de que los cometa con el pensamiento limpio de toda preocupación de posterioridad” (Cf. Correa Calderón, p. 1081 del t. II).

<sup>50</sup> Existen bastantes referencias literarias y periodísticas sobre estas deficiencias. Veámoslo en un fragmento de *El Clamor*, pieza dramática de Muñoz Seca y Azorín:  
“GARCILLÁN.- Usted, amigo Martín, baje y haga una nota sobre la visita de Picornell. Póngale usted ilustre, opulento, cultísimo.  
MARTÍN.- ¿Cultísimo también? Recuerde usted que este es de los que creen que Cicerón fue el primer romano que se dedicó a enseñar las catacumbas.  
GARCILLÁN.- Póngale cultísimo; no perdamos las esperanzas (...) Refuerce, refuerce los adjetivos y los conceptos... No se pueden usar medias tintas en los periódicos. El periodismo es como la escenografía; se necesita recargar los colores, pintar con gruesos trazos, hacer que las gentes se fijen a fuerza de luces violentas” (p. 820).

<sup>51</sup> Comportamiento que ridiculizaba Flores al anotar las tareas que emprende un gaceticero: “Cuando acaba con los teatros la emprende con las publicaciones modernas, y sin quitarse el sombrero ni soltar la pluma de la mano abre un libro que el autor ha tenido la galantería de remitirle, le hojea y escribe en cuatro líneas el juicio crítico de las cuatrocientas páginas; juzga con igual presteza el bando del corregidor sobre policía urbana, el proyecto del municipio sobre mejoras de la capital y cuantos documentos dignos de mención encuentra a la mano” (p. 382 del t. II). Con tal cúmulo de funciones y semejante desparpajo no es difícil imaginar cuáles debían ser los resultados.

provecho<sup>52</sup>; la desatención a las cuestiones de sustancial interés para la sociedad y la dependencia respecto a las pseudonoticias que nos fabrican los gabinetes de comunicación; la atención desorbitada a rumores que alegremente se lanzan; la caída en los temas que más llaman la atención y provocan un seguimiento masivo, aunque carezcan de trascendencia y hasta de credibilidad<sup>53</sup>. Todo ello produce, en definitiva, manipulación, aunque muchos se llevarían las manos a la cabeza al oír calificarla de esta manera, porque consideran que no son sino desviaciones sin relieve, minucias.

Tampoco lo son las mezclas que con frecuencia se producen entre información y opinión. Uno de los principios más asentados en la redacción periodística es la separación entre ambos campos. La objetividad o no intencionalidad, a la que debemos tender cuando se trata de contar lo que ha sucedido, se puede ver gravemente empañada con esa sibilina intrusión que encuentra desarmados a los lectores o espectadores y que introduce inadvertidamente ideas, sospechas y mandatos. Bien sabemos que hay formas muy sutiles de dar un paso que cuenta con destacados especialistas y practicantes, con serio desprecio a la confianza que los usuarios depositan en nosotros. ¿Y qué decir de la adulteración que se produce cuando dejamos borrosos los lindes entre información y publicidad o simplemente los traspasamos para ofrecer productos o servicios camuflados entre las noticias? Antes se rechazaba cualquier intromisión en este campo, hasta se prohibía que los presentadores de los telediarios fueran contratados para anunciar marcas durante el tiempo en que ejercieran aquella tarea, pero ahora es normal encontrarlos con este cometido y hasta se hacen pausas en los espacios noticiosos para que los mismos informadores deslicen el mensaje publicitario.

Como también se ha impuesto el empeño de mezclar información con entretenimiento, con grave deterioro de la primera. A ninguno de nosotros le puede sentar mal que se proporcionen elementos informativos envueltos con la diversión, pero sin que aquella sea desviada para hacer pasar por tal lo que

---

<sup>52</sup> Al comienzo de *La redacción de un periódico* (1836), del antiguo redactor de *El Correo Literario y Mercantil*, Bretón de los Herreros, le dedica esta cuarteta: “No hay cosa como escribir/ bajo la sombra de un solio,/ y ejercer el monopolio/ de desbarrar y mentir”.

<sup>53</sup> Ortega y Gasset descalificaba esta actitud con duras palabras: “Su profesión les lleva a entender por realidad del tiempo lo que momentáneamente mete ruido, sea lo que sea, sin perspectiva ni arquitectura. La vida real es de cierto pura actualidad; pero la visión periodística deforma esta verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante. De aquí que en la conciencia pública aparezca hoy en el mundo bajo una imagen rigurosamente invertida. Cuanto más importancia substantiva y perdurante tenga una cosa o persona, menos hablarán de ella los periódicos, y en cambio destacarán en sus páginas lo que agota su esencia con ser un ‘suceso’ y dar lugar a una noticia. Habrían de no obrar sobre los periódicos los intereses, muchas veces inconfesables, de sus empresas; habría de mantenerse el dinero castamente alejado de influir en la doctrina de los diarios” (p. 1223).

no son sino sucedáneos inadmisibles<sup>54</sup>. Por este camino conseguimos que la cultura se confunda con el *show bussiness* y que el pensamiento se empobrezca cada vez más, pues ya no constituye sino un conjunto de ideas *prêt a porter*. Todo ello se agrava entre las mallas de la red virtual, donde la banalidad y velocidad de los *clicks* contribuyen a una derrota (esperemos que no definitiva) de la argumentación, sustentada apenas con eslóganes y ocurrencias. Mejor si los lectores o espectadores no tienen que pensar, dirán algunos. Para Lissorgues, que glosa a Clarín, “una consecuencia del deseo de caerle en gracia al público es el no incitarle a la reflexión”<sup>55</sup>. No son cuestiones menores, aunque lo parezcan, puesto que nos desenvolvemos en un mundo en el que la comunicación periodística tiene una influencia enorme y las consecuencias que se derivan, a nivel global, pueden alcanzar repercusiones de gran calibre.

Perosi hemos empezado por ofrecer estas ideas y datos no es porque consideremos que tales defectos o carencias se hayan convertido en omnipresentes ni porque creamos que lo negativo (en número o en intensidad) supera a lo positivo. En modo alguno. Estamos convencidos de que en todos los casos el bien supera al mal y en este campo concreto la proporción resulta evidente, pero también lo es que en nuestra sociedad el mal se hace notar muchísimo más que el bien. Por eso queremos resaltar algunos aspectos que, incluso para quienes conocen lo que acabamos de exponer, pueden pasar desapercibidos o no se pone el suficiente énfasis en su reconocimiento. Lo que puede producir un decaimiento de los esforzados.

Hay malos profesionales, como no puede ser de otra manera, pero en todos los momentos de la historia del periodismo, como decimos, han abundado más los excelentes que los nefastos; los competentes y honrados han sido quienes han realizado su trabajo de manera más eficaz, aunque probablemente más

---

<sup>54</sup> Para Moncada, en nuestros días “la ley de oro es la rentabilidad, aunque esté complementada por los beneficios simbólicos de la manipulación de la información. Por mor de la publicidad hay que hacer o dejar de hacer muchas cosas en la redacción de los medios, pero la más importante, con diferencia, es entretener al lector, al radioyente, al televidente. La presión por entretener, sustancial en la televisión, se va corriendo a la radio y a la letra impresa y los jefes de redacción te piden artículos entretenidos que no aburran” (p. 246).

<sup>55</sup> Son reveladoras unas citas de este autor: “Según se va poniendo esto de la prensa de *información*, entre un telegrafista y un parásito pueden hacer el periódico de más popularidad callejera. ¿A dónde se va a parar con este prurito de alejar las ideas de los periódicos y dejar solo las noticias? ¿A dónde se va a parar con esta indiferencia moral de la prensa?”, (en *La Publicidad*, 30 de septiembre de 1895). Le parece penoso que la prensa no aproveche las buenas condiciones del pueblo “para ir encauzando el gusto y el juicio de las masas, camino del alimento espiritual que puede convenirles. Si en vez de dirigir el público, la prensa popular se deja llevar por los instintos oscuros, vagos, propensos a la perversión de la muchedumbre indocta, poco o nada hemos adelantado con la popularidad de la lectura” (en *El Globo*, 10 de febrero de 1899).

callada y por eso se ha tenido menos noticia de ellos. Si no fuera por la labor y la entrega de todos ellos no sería posible que hubieran salido a la calle las miles de cabeceras que se han sucedido a lo largo de los siglos y todas las que conviven en la actualidad. Centenares de miles de informaciones y artículos han prestado un impagable servicio a la comunidad. Millones y millones de personas de todo el planeta recurren a ellas para estar informadas de lo que sucede y para contrastar sus posiciones con las que se defienden en sus páginas (sean impresas, radiofónicas, televisuales o electrónicas). A pesar de todos los fallos, de todas las omisiones y errores, el público continúa confiando en lo que le pueden aportar los medios de comunicación (aunque deseando fervientemente que no cedamos en honestidad y eficiencia).

## Muertes, secuestros, amenazas

A lo largo de los años centenares de periodistas han perdido su vida en este servicio a los lectores. En nuestros días han dejado de ser noticia estos sacrificios que constantemente se ofrecen. Tomemos un ejemplo concreto y actual, aún en plena vorágine, la guerra civil que está asolando Siria. Hasta el mes de febrero habían muerto veintitrés informadores según la organización Reporteros sin Fronteras, aunque el Comité de Protección de los Periodistas elevaba la cifra a treinta. Y la sangría sigue<sup>56</sup>. Lleva camino de convertirse en un conflicto tan letal para los periodistas como lo fue la guerra de Irak que en 2007 ya contaba con medio centenar de víctimas. Añadamos que seis reporteros españoles perdieron la vida entre 1989 y 2004 en zonas calientes como Panamá, Bosnia, Haití, Afganistán e Irak. No es casualidad que mueran tantos periodistas por los disparos de combatientes de una u otra trinchera, sino que los chalecos que advierten de su condición de tales o las cámaras que portan les están señalando como objetivo<sup>57</sup>. Ellos van a documentar el conflicto y a ninguno de los bandos les interesan estos testigos incómodos. Ya sabemos que en una guerra la primera víctima siempre es la verdad, porque algunos se empeñan en contar lo que más se aproxima a ella.

---

<sup>56</sup> Óscar Gutiérrez: "Reporteros sin escudo", en el diario *El País*. Madrid, 10 de febrero de 2013, pp. 38-39.

<sup>57</sup> El periodista gráfico David Fernández respondía a las preguntas de [www.periodistadigital.com](http://www.periodistadigital.com) con estas palabras: "En la guerra de Yugoslavia murieron más periodistas que en Vietnam. Cuando yo llegué había ochenta y dos periodistas muertos y unos cuantos desaparecidos. Había gente que le molesta, veía una cámara y disparaba. A veces no sabía si era más seguro llevar el chaleco que ponga 'prensa' que no llevarlo" (recuperado el 13 de marzo de 2013).

Es duro que se produzcan tantas muertes en todos los conflictos, pero quizás tales ataques no sean lo peor. En el día a día son más graves las desapariciones, los secuestros, las coacciones, las amenazas, las imposiciones, los miedos... No poder actuar con libertad para servir los intereses del público trastoca sus vidas y les hace trabajar bajo una opresión insoportable. Parece que los peligros solo provienen de los países en plena contienda, pero peligros hay de muchas clases y algunos resultan muy lacerantes. México no es un país que se encuentre en guerra y sin embargo los periodistas van cayendo a una velocidad que espanta. Unos cuarenta y cinco han sido asesinados durante el Gobierno anterior, el de Felipe Calderón (2006-2012): no eran figuras que estuvieran al frente de grandes rotativos y cuya influencia perjudicaba los planes del crimen organizado. En absoluto. La mayoría eran compañeros de medios modestos que perviven con dificultad en ciudades pequeñas entre un público escaso, pero adicto por su necesidad de estar enterados de lo que ocurre a su alrededor. Trataban de informar de la manera imparcial que les dicta su conciencia, sin dejarse arrear por los mandatos de los malhechores. Y eso allí se paga caro<sup>58</sup>.

Pero no solamente en este querido país. Ni siquiera caemos en la cuenta de que hemos pasado por situaciones muy peliagudas en un territorio más cercano (y no menos querido). ¿Habrá que recordar, porque la memoria es frágil, lo que supuso informar desde el País Vasco en los años del terrorismo más sangriento? Para responder a ello bastaría citar los nombres de José María Portell, de *La Gaceta del Norte* (1978); José Luís López de Lacalle, de *El Mundo* (2000), y Santiago Oleaga, de *El Diario Vasco* (2001) que resultaron asesinados; o los de José Javier Uranga, *Diario de Navarra*; Gorka Landáburu, *Cambio 16*; Aurora Intxausti, *El País* y Juan Francisco Palomo, Antena 3 (estos últimos junto con su hijo de dieciocho meses), que recibieron tiros, metralla o paquetes-bomba.

Los compañeros que murieron, los que recibieron artefactos explosivos, los que tuvieron que salir de su tierra, los que vivieron bajo protección policial, los que eran vetados en los actos nacionalistas, los que recibían patadas y escupitajos en las manifestaciones, los que se sentían azuzados en las ruedas de prensa o en sus relaciones sociales, por lo que tenían que limitarlas; los que recibían mensajes amenazantes que en ocasiones les hacían llegar por conducto de sus pequeños hijos; los que tenían que medir sus palabras a la hora de escribir, porque los

---

<sup>58</sup> Javier Garza, subdirector de un diario local mexicano, escribía en *El País* sobre el secuestro de cinco trabajadores con el que han pretendido amedrentarlos, lo que "ha traído temor, frustración, incertidumbre y largas noches de vigilia ante la amenaza permanente de estar en el fuego cruzado" ("Lecciones bajo metralla", 6 de marzo de 2013, p. 41).

intransigentes no admitían más que entregas incondicionales..., todos ellos supieron lo que representa ejercer nuestra profesión con toda dignidad en tales circunstancias<sup>59</sup>.

Pero cualquier periodista que haya vivido bajo un Estado autoritario podría hablar también de lo que suponen tales condicionamientos para su trabajo cotidiano, porque un régimen de esta naturaleza no tolera que la información abarque la pluralidad de los hechos ni acepte que las opiniones se expresen con libertad. El siglo XX ha sido para nosotros pródigo en imposiciones. Se vio durante la dictadura del general Primo de Rivera, pero sobre todo durante los años de la II República y los del franquismo. El cierre arbitrario de periódicos por el simple ejercicio de la crítica, que por dura que sea deben admitir todos los gobernantes, fue una decisión repetida por parte del presidente Manuel Azaña, quien se preguntaba en tono despectivo si “vamos a llamar Prensa, a esos reptiles que circulan por la sombra, que van de mano en mano, corriendo por los rincones de la Península y sembrando el descrédito o la burla o las malas pasiones”. Naturalmente su conclusión taxativa era que “eso no es Prensa” (cf. Sinova 2006: 107).

La presión que desarrolló el franquismo sobre los medios no fue por habilidosa menos lacerante. Han pasado muchos años, pero ha pervivido entre nosotros el recuerdo de esta línea de actuación represiva. Censura, consignas, controles... todos los medios coercitivos que fueran necesarios para mantener el imperio sobre los contenidos y no dejar que los profesionales del periodismo se expresaran de forma autónoma. Estaban las leyes y las normas, pero sobre todo los apremios abusivos y contundentes y unas líneas telefónicas que hacían llegar a las redacciones la voluntad de los que mandaban. El miedo, la precaución, la prudencia... no eran algo desconocido, sino la coraza con la que se revestían o incluso se blindaban.

Sin embargo, muchos de quienes escribían entonces no estaban buscando el enfrentamiento, porque para ellos el periodismo no era un poder (ni pretendían ser poderosos a través suyo), sino un contrapoder, una fuerza que se sitúa ante quienes están en la cúpula de la sociedad y se atreven a presentarles las demandas y las necesidades de la ciudadanía, porque esta sabe que no existe otro

---

<sup>59</sup> José Luis Barbería: “La violencia y las amenazas cercan a los periodistas en Euzkadi”, en *El País*. Madrid, 19 de noviembre de 2000, pp. 29 y 30. Reportaje que ofrece pistas muy reveladoras sobre lo que estaba sucediendo por entonces en el País Vasco. Hubo toda una estrategia para silenciar las voces no solo discrepantes, sino hasta neutras de los periodistas poco gratos a los secuaces de los terroristas. Solo deseo destacar unas líneas, que serían risibles si no fueran dramáticas: “En ocasiones, HB impone también castigos de dos semanas a los representantes de los medios que, a su juicio, han incurrido en ‘manipulaciones’ o ‘intoxicaciones’ supuestamente leves a tenor de la bondad de la sanción” (p. 29).

cauce más eficaz para que circule el malestar que en ocasiones le invade. En un artículo del periódico *El Censor* (1821) ya se habla de la profesión de periodista y se pone énfasis en esa “especie de magistratura que [el periodista] ejerce a nombre de la sociedad entera”<sup>60</sup>. En el mismo sentido se expresa un editorial del diario *El Imparcial* (20 de marzo de 1869), para quien estamos lejos de cumplir tales propuestas, mientras apunta que “el periodismo independiente de las personalidades y de las exageraciones políticas sería el poder regulador de todos los poderes. ¡Qué ardua, pero que hermosa tarea sería la de la emancipación de la prensa y de los periódicos!”<sup>61</sup> Kasabal se queja en *Abc* de que a los periodistas “se intenta denigrarlos cuando se oponen a las demasías del Poder, siendo intérpretes del sentimiento nacional” (1904).

Años después (1924) es un editorialista de *El Debate* (¡quién sabe si el propio director, Ángel Herrera!) el que escribía: “Cuando la Prensa ofrece a su público hechos de importancia notoria, los examina con seriedad y los discute en polémica elevada, realiza una tarea de formación y de cultura muy difícilmente superable. El periódico se convierte así, más que en tribuna, en cátedra”<sup>62</sup>. Los periodistas ofrecen su trabajo de esta manera para elevar las aportaciones del diario a un nivel de máxima dignidad y exigencia. Una prensa comprometida, profesional e independiente es lo que necesitamos y, cuando se ofrece de manera digna, los resultados están a la altura de semejante entrega.

Con frecuencia somos tremendamente críticos con los demás, a veces ahogándoles con el desprecio y el sarcasmo, pero tal vez lo que nos salva es la frecuencia y la intensidad de los juicios que dirigimos contra nosotros mismos. Abundan las fes de errores, aparecen en ocasiones los reconocimientos de culpa, artículos y libros de periodistas inciden una y otra vez en nuestros tropiezos e inadvertencias, porque por lo general tenemos conciencia de nuestras limitaciones (y recibimos además la animadversión de quienes nos examinan desde fuera). No sería difícil establecer una antología de las severas opiniones que nos autolanzamos. “Aunque no siempre podemos contarle al lector lo que pasa, siempre somos capaces de decirle si lo que pasa está bien, mal o regular”, escribía hace unos años Enric González<sup>63</sup>. Pero es que también en un periódico del siglo XVIII se podía leer: “Soy escritor periodista/ De aquellos de ciento al

---

<sup>60</sup> 18 de agosto de 1821, pp. 52-78.

<sup>61</sup> “El periodismo y los periodistas”, editorial de *El Imparcial*. Madrid, 20 de marzo de 1869.

<sup>62</sup> Editorial “Factor de incultura”, en *El Debate*. Madrid, 24 de septiembre de 1924.

<sup>63</sup> “Fragmentos de realidad”, en *El País*. Madrid, 11 de noviembre de 2007.



cuarto,/ Ofrezco lo que no cumplo/ Y chupo lo que no valgo”<sup>64</sup>. Y en uno del XIX, estos versos no menos sarcásticos: “Debe ser el periodista/ un ente sin opinión,/ ambicioso, fanfarrón,/ hablador y calculista./ Moderado o progresista/ (según le convenga ser)/ gran cuidado ha de tener/ en aumentar suscripciones,/ pues solo en juntar doblones/ su conato ha de ser”<sup>65</sup>.

## Atrapar el aire

Los medios llegan a los lectores con unos defectos y unas carencias bien conocidas. Los que trabajan en ellos, conociendo la complejidad de la tarea, no se acaban de creer, no ya que aparezcan con esas imperfecciones, sino simplemente que aparezcan cada mañana o que sus emisiones lleguen al público. Para eso se necesitan miles de trabajadores que empleen toda su capacidad, entusiasmo y honestidad para intentar hacer las cosas bien. Hay que tener presente que estamos ocupados en atrapar esa materia tan evanescente que se llama actualidad, que es algo cambiante, polimorfa, que muda de color según el ángulo desde el que se la observe, frente a muchos individuos empeñados en ocultar su verdadero rostro y dispuestos a acusarnos de presentarlo deformado desde el instante en que no coincide con su voluntad e intereses. O con la apariencia que la cosmética disimula.

Realizamos nuestra tarea en el seno de una sociedad quebradiza y desorientada, que acoge con entusiasmo todo aquello que la ensalza y adula, que la distrae y entontece, pero que da la espalda a lo que supone exigencia, compromiso, seriedad, cultura. Capaz de criticar la bazofia televisiva, pero tragándose la boca llena, mientras asegura a los encuestadores que su principal afición es contemplar los documentales de la segunda cadena. Una sociedad cada vez más débil y, al tiempo, más poseída de sí misma. Una sociedad que huye de sus responsabilidades, mientras que se muestra tremendamente exigente con las que tienen los demás; que no apoya a los profesores, pero les carga con todas las culpas cuando sus hijos dan muestras de andar por caminos equivocados y comienzan a sufrir las consecuencias. Que no busca estar informada ni escucha las verdaderas razones de los conflictos, porque prefiere vivir en la cómoda ignorancia, pero echa las culpas a los periodistas de no haberle avisado a tiempo, de no estar dotados con las artes de la adivinación, para dar toques de

---

<sup>64</sup> En *El Correo de Madrid*. Madrid, 29 de septiembre de 1787.

<sup>65</sup> Versos anónimos, citados por López de Zuazo en Núñez Díaz-Balart, p. 25.

atención sobre la crisis que iba a llegar<sup>66</sup>. Que muestra desconfianza respecto a los contenidos de los medios y sin embargo es tremendamente crédula cuando se trata de cualquiera de los mensajes sin autoría conocida que se divulgan a través de la red.

Nuestro trabajo depende en multitud de ocasiones o se realiza al lado de dirigentes tan corruptos e incompetentes como algunos de los que tenemos la desgracia de conocer, gentes que mienten y ocultan, que se lucran indecorosamente mientras predicán austeridad y colaboración con el bien común, que en todo momento lanzan mensajes contradictorios o muestran conductas que no tienen nada que ver con lo que predicán. Que nos necesitan para que les sirvamos de altavoz, pero al mismo tiempo no nos permiten preguntar, porque ahí se pueden descubrir sus falsedades e incoherencias<sup>67</sup>. Todas esas actitudes prepotentes se contagian a la sociedad y esta ve, si no justificada, al menos comprensible cualquier conducta corrupta, porque es lo que se lleva, lo que hacen todos, lo que nos permite progresar (porque nadie se enriquece trabajando honradamente y, por supuesto, la meta es enriquecerse y dominar). Desgraciadamente, tal como nos enseñaba el catedrático italiano Carlo M. Cipolla, la estupidez (y la venalidad) está uniformemente repartida entre clases sociales y profesiones, y los periodistas tampoco nos libramos de esa peste.

Pero, en medio de la refriega, habrá una legión de periodistas, de trabajadores de la información, que están dispuestos a seguir su camino por encima de cuantas dificultades sobrevengan. Esos periodistas pondrán todo el empeño en apartar sus oídos de los cantos de sirena, para no escuchar a los que desean manipularles, a los que buscan aprovecharse de su trabajo, a los que se empeñan en dirigirles sin que se vea la mano que les mueve... Vivirán alerta para denunciar cuantas miserias descubran, pero no será fácil moverse entre las aguas turbias de los depredadores que hasta pretenden atraparles para que no se vea la suciedad que han creado a su alrededor (la mayoría de los casos de corrupción que han aflorado en nuestros días han sido descubiertos, aireados y perseguidos desde los medios). Si es posible harán creer a la opinión pública que

---

<sup>66</sup> De los que no quieren enterarse y aún gozan de retrasar la llegada de las malas noticias, como si de esa manera se apartaran de ellas, hablaba ya el padre Feijoo en 1739: "Hay quienes, aún reconociendo los motivos que se ofrecen para dudar de la verdad de las noticias, con la voluntad procuran hacer un género de fuerza al entendimiento para que los crea, por gozar una felicidad imaginada entre tanto que no llega el desengaño" (*Teatro crítico universal*, t. VIII).

<sup>67</sup> Este es el comportamiento de algunos dirigentes políticos, de diferente extracción, que convocan a los periodistas para hacerles escuchar sus declaraciones, pero sin consentir la demanda de aclaraciones, cuando es bien sabido que la base de nuestro trabajo se halla en las preguntas.

los denunciantes son cómplices de intereses inconfesables. Y con sus mentiras, enredos y artimañas legales saldrán impunes de las denuncias, mientras marcan con la sospecha a quienes les señalaron con su pluma. No debería importarnos. Parece que el siguiente texto ha sido escrito en nuestros días, pero hace ya más de un siglo Jerez Perchet proclamaba que el periodismo “es un valladar contra las ambiciones desordenadas, un espejo que retrata la inmoralidad pública, un ejemplo de civismo y un regulador de los movimientos sociales” (p. 13).

En el mismo sentido, pero con palabras más ingenuas, se expresaba el redactor del diario de una pequeña isla hace siglo y medio: “La experiencia (sic) ha demostrado que en manos de la ignorancia, la prensa es un arma terrible, que desmoraliza y disuelve las clases, mientras que dirigida por varones ilustrados, constituye un centro de ecsamen (sic), verdadero eco de noble patriotismo: y por lo mismo, en tanto que la sociedad toda desprecia indignada y recibe en silencio las utopías de los apóstatas del periodismo, la gente honrada saluda con regocijo la aparición de los buenos periodistas”<sup>68</sup>. Hay que hacer honor a estas palabras, de las que debemos extraer la exigencia que contienen.

Los periodistas nos equivocamos, claro que nos equivocamos, pero nunca como hasta ahora se han habilitado medios para salir al paso de nuestras meteduras de pata (no de todas, pero en ello estamos). Desde hace algún tiempo percibimos los ecos de los castigos ejemplarizantes en los grandes periódicos norteamericanos, que han apartado a quienes no han sido rigurosos en sus escritos o grabaciones: una especie de Unidad de Asuntos Internos contrasta datos, verifica fuentes y no permite que el rigor de los más quede deslucido por la superficialidad o irresponsabilidad de unos pocos. En España los comités de calidad han derivado hacia los Defensores de los Lectores. Quizás aquí la presión por el triunfo no es tan intensa y por eso los errores no han alcanzado la resonancia que han tenido en Estados Unidos o somos más autocomplacientes, pero no deberíamos descuidarnos para no hacer todavía más confuso nuestro mensaje<sup>69</sup>.

---

<sup>68</sup> Bernardino José Ponsetí: “El periodista”, en *El Diario de Menorca*, 30 de diciembre de 1858, p. 1.

<sup>69</sup> En la crónica de J. Valenzuela, “‘Operación Viento de cola’, la gran tormenta de la CNN”, (en *El País*, 12 de julio de 1998, p. 30) se explaya sobre un problema concreto de sensacionalismo sin justificar. Pero lo que está poniendo de relieve es el afán de impactar a la audiencia a toda costa. Como dice un periodista del *Washington Post*, “los responsables de los medios están tan sedientos de historias sensacionalistas que se dejan convencer fácilmente por reporteros ambiciosos con supuesto material explosivo”. De ahí se derivaron una serie de sonados despidos.

## Nuevas herramienta, idénticas exigencias

Están cambiando muchas de las herramientas de nuestra profesión, como difícilmente podían imaginarse los que nos precedieron y de las que ni siquiera nos hacemos una idea los que todavía estamos en activo. Ni de lo que hay ni de lo que irá llegando, porque los cambios van a tener una pujanza y una radicalidad inimaginables: Martínez Albertos llega a la conclusión de que “para el año 2020 no habrá lugar en esa nueva sociedad ni para el periodismo impreso ni para el ejercicio de esta técnica de trabajo social que llamamos periodismo” (p. 56). Por su parte, Bassets sitúa en el año 2025 la muerte de la prensa en papel<sup>70</sup>.

A pesar de ello, lo que resulta evidente para mí es que, con un soporte u otro, el trabajo exigente de los periodistas continuará siendo indispensable, puesto que siempre se necesitará la aportación del especialista para valorar, seleccionar, elaborar y priorizar las informaciones (la búsqueda en la red entre millones de datos es inasumible para cualquier usuario). Por otra parte, los valores que siempre han acompañado nuestro trabajo van a permanecer incólumes, pues resultan inamovibles las bases sobre las que se asienta. “Quienes garantizan a los ciudadanos informaciones veraces y rigurosas son los profesionales”, afirma Manuel Núñez Encabo<sup>71</sup> y no podemos estar más de acuerdo. Añadía este en sus declaraciones que “las redes sociales no sustituyen al periodismo”. A nuestro juicio ni las redes sociales ni el llamado periodismo ciudadano tienen una función decisiva en el panorama futuro que se abre ante nosotros<sup>72</sup>.

Algunos consideran que las aportaciones de ese periodismo ciudadano están destinadas a desbancar el trabajo de los profesionales, dada la abundancia de información que buscan, recogen y transmiten: acontecimientos de diferente procedencia e importancia, que tal vez no llegarían al público si no fuera por la oportunidad con que son captados. Ello les hace proyectar una visión muy positiva sobre esta colaboración. Francis Pisani asegura que “el valor de su

---

<sup>70</sup> Asegura que “a partir de ahora quienes quieran seguir deberán pensar en cambiar de oficio o en cambiar radicalmente el oficio, que quiere decir cambiar ellos mismos”. Considera absurdo discutir la pervivencia de lo actual, “que está liquidado” y la nueva etapa será totalmente digital: “Lo que urge es cómo encontrar los recursos para poder ejercer el periodismo de máximo nivel y rigor en los nuevos entornos”. Se comentaron estos extremos en la presentación del libro de Bassets, como puede verse en Carlos Geli: “Un ensayo disecciona el futuro del periodismo”, en *El País*, 2 de marzo de 2013, p. 41.

<sup>71</sup> Rosario G. Gómez: “Núñez Encabo: ‘Sin derecho a preguntar no hay periodismo’”, en *El País*, 19 de febrero de 2013, p. 56.

<sup>72</sup> La argentina Leila Guerriero aseguraba que “se promueve la idea del periodismo ciudadano, que consiste en decirle a todo el mundo que eso que los periodistas hacen lo puede hacer cualquiera” (“El periodismo”, en el suplemento “Babelia” de *El País*, 16 de febrero de 2013, p. 2).

contribución se está imponiendo y en los próximos años será rutina para los consumidores de noticias encontrar los mejores relatos de los ciudadanos reporteros mezclados con el trabajo de los periodistas tradicionales. ¿Qué nos brindan esos ciudadanos reporteros? Testimonios directos y algo más esencial: lo que los periodistas acostumbrados a cubrir las miserias humanas tienden a perder para sobrevivir, la emoción”<sup>73</sup>.

Por supuesto que debemos tener muy en cuenta la emoción, la espontaneidad y el sacar a la luz lo que algunos tienen interés en que permanezca oculto, pero se trata de una aportación nada sistemática, con fuentes que se hallan faltas de credibilidad, con agentes no preparados para la comunicación. Encontrarse mil euros es una suerte, pero no puede organizarse una economía sobre la esperanza de los hallazgos casuales. No seré yo el que desprecie las ayudas que nos pueden llegar desde cualquier rincón, pero creo que por lo general se trata de espontáneos con fortuna, cuya colaboración no pasa de ser anecdótica en el conjunto bien armado de un diario o noticiero audiovisual.

Fernando Martín-Sánchez hablaba de que nuestro fin debía ser algo aparentemente muy sencillo: “Lograr que el periódico informe con verdad y oriente con acierto” (p. 613). Para ello es indispensable el ser honrados, objetivos, independientes, contar con la formación adecuada, moverse entre la curiosidad y el asombro, ayudar a quienes más lo necesitan (tarea para la que se presentan constantes ocasiones), resultar creíbles colectivamente (no solo de forma individual), poner vida e ilusión en la tarea, comprometernos a fondo con nuestra profesión y con la comunidad a la que debemos servir, dejar de lado el conformismo que nos hace aceptar lo malo que nos rodea porque nos parece imposible romper esas ataduras... Todo ello es, más que una meta a largo plazo, una pretensión cotidiana de quienes se toman en serio esta profesión.

Parece que tradicionalmente nos hemos situado entre el optimismo eufórico de quienes piensan que sus informaciones o artículos van a transformar el mundo y el pesimismo paralizante de los que están seguros de la inutilidad de su labor. Un ejemplo de esta última actitud: Manuel Bueno (1915) habla del “periodista moderno”, aquel que está “inseguro de sus convicciones, ágil de táctica, escéptico, que presiente o adivina confusamente su impotencia para transformar o variar nada de lo establecido”. Después se preguntará si a una nación como la nuestra, “¿va a sacarle de su postración la pluma del periodista?” (Cf. Correa Calderón,

---

<sup>73</sup> “La era de los ciudadanos reporteros”, en el suplemento “Ciberp@ís”, del diario *El País*, 13 de enero de 2004, p. 2.

p. 1081 del t. II). Habrá que ampararse en el justo medio para dar respuesta a tan lacerante cuestión: no somos redentores de nadie ni podremos levantar el país sobre nuestras espaldas, pero si no ponemos a su servicio nuestro esfuerzo jamás se logrará avanzar en la convivencia y la prosperidad.

Claro que para obtener resultados apreciables es indispensable gozar de una cierta autoridad: para conseguir que el público valore nuestras aportaciones debe contemplar en ellas preparación, solvencia, sensatez y compromiso. Es cuestión de prestigio social, pero este no se alcanza por imposición ni de forma arbitraria, sino de una manera mucho más sutil, pero absolutamente eficaz. Queremos pensar que las gentes no siempre se dejan engañar por la palabrería hueca o por algún tipo de intimidación (aunque en ocasiones pueden producirse deslumbramientos, los engaños suelen durar poco), sino por cualidades mucho más profundas y consistentes. Cuando ven que alguien se dirige a ellos con sencillez y conocimiento de causa, que demuestra estudio y reflexión, que no emplea argumentos torticeros ni plantea falacias, que escribe de forma adecuada con corrección y sencillez para que todos le entiendan a la primera, y que no espera obtener beneficios personales ni provechos encubiertos para la empresa a la que sirve, que es consecuente con las ideas que defiende... no tarda en percibir que esa persona merece ser seguida. Como explicaba un ilustre compañero, los periodistas no deben callar ni “por conveniencia, ni por pereza, ni por conformismo, ni por complicidad, ni por militancia”.

No es poco, pero es indispensable. Este es el camino que debemos marcarnos y que no dejaría de recomendar a nuestros alumnos, de la misma manera que rogaría a los compañeros del claustro que fueran capaces de enseñar algo mucho más importante que las relevantes materias que imparten tan sabiamente: darles lecciones de vida y caminos de profesionalidad con las palabras mudas del ejemplo<sup>74</sup>. Hacer compatible firmeza y afecto es lo que necesitan para que puedan progresar con nuestro apoyo generoso. Y ser comprensivos, pese a todo: así no recibiríamos la reconvención del citado Andueza (repito, 1843) cuando se refería a los hombres que frisan ya los sesenta y “no pueden tolerar las locuras de los jóvenes de diez y ocho, por más que las de estos solo sean una reproducción de las que ellos hicieron en sus floridos abriles” (p. 209).

---

<sup>74</sup> En el documento vaticano *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria* (1994) leemos que “el testimonio del profesor católico no consiste ciertamente en introducir temáticas confesionales en las disciplinas que enseña, sino en abrir el horizonte a las inquietudes últimas y fundamentales, en la generosidad estimulante de una presencia activa ante las preguntas, a menudo no formuladas, de esos espíritus jóvenes que andan a la búsqueda de referencias y certezas, de orientación y de metas”.

Esa es verdaderamente nuestra tarea, de la que no siempre somos conscientes. Como periodista –sin desdeñar mi condición de catedrático de Periodismo, algo que nunca agradeceré bastante a los que lo propiciaron y ayudaron– quiero manifestar una inquietud y una aspiración: un recuerdo hacia quienes fueron honrados y entregados, un esfuerzo constante y renovado por el mejoramiento de la profesión y una defensa de los valores inmarcesibles, esos que han proclamado decididamente miles de compañeros y que sin lugar a dudas anidan en la mente y en el corazón de quienes ahora trabajan sobre el papel, las ondas o las pantallas, porque las exigencias más elevadas siempre serán las mismas.

## Un servicio público

En realidad lo más necesario y urgente en estos momentos es recuperar las virtudes personales y cívicas, de las que tan huérfanos nos sentimos. Estamos inmersos en un ambiente donde la corrupción golpea con fuerza, aun en individuos de los que nunca íbamos a sospecharlo; donde algunos compañeros quieren emular a los jueces y lanzar acusaciones como si fueran hechos probados merecedores de sentencias; donde no siempre se ofrece toda la información que deberíamos recabar y nos contentamos con ofrecer cuatro trazos superficiales que trastocan los hechos. Pero lo más grave es que nos estamos situando en un terreno de banalidad que nos hace perder puntos y que nos sitúa al nivel de otros grupos sociales que han visto seriamente rebajada su credibilidad delante de la población<sup>75</sup>. Sociedad, dirigentes y empresas tienen graves responsabilidades en este campo, pero nadie nos puede librar de la nuestra y a ella hay que hacer frente con todo el empuje que nos da el convencimiento de que estamos trabajando en un sector imprescindible para la buena marcha de la comunidad, que constituimos un servicio público que debe volcarse en la búsqueda del bien común. En nuestras manos está el orientarlo positivamente o contribuir nosotros también a un deterioro que puede conllevar graves consecuencias colectivas.

El periodismo continúa siendo indispensable. No importa que se materialice sobre el papel o sobre una pantalla: lo que importa es la actitud de quien ha tomado sobre sí la obligación de poner al alcance de sus contemporáneos los

---

<sup>75</sup> “Volver a identificar y desenmascarar el Mal es hoy tan crucial como cuadrar las cuentas públicas. Rescatar la necesidad de admirar la excelencia, entendida como el trabajo bien hecho, la honestidad, la fidelidad a la palabra dada, la prudencia, la generosidad, es saltar la valla de espinos que nos mantiene en el imperio de la normalidad, esa pretendida y falaz igualdad de todas las opiniones y la supremacía de cualquier actitud que logre el triunfo”, escribe Pedro Jaime Bosch en *El País*: “Nostalgia de las bellísimas personas”, 31 de agosto de 2012, p. 26.

movimientos grandes y pequeños que se generan en el planeta, pero también en las pequeñas comunidades, al tiempo que aporta criterios y reflexiones que nos pueden ayudar en nuestro crecimiento personal y social. De las declaraciones solemnes, con elogios encendidos, que recibían los periódicos cuando se convirtieron en una presencia luminosa en nuestra sociedad, se fue pasando a momentos de distanciamiento y aun de rechazo o de burla. Unos y otros se alternan, con frecuencia en tanto que sirven más o menos a los intereses de quienes así se pronuncian y aun nos atreveríamos a decir que se nota un mayor alejamiento despectivo en la medida del conservadurismo de quien así la califica. De la prensa dijo el académico José Francisco Pacheco (1845) que es “esa especie de literatura, tosca, desaliñada, procaz (...), militante y febril que nos han traído las revoluciones”, pero que pese a todo “es hoy día un accidente necesario en el estado de nuestra sociedad” y “lejos de pasar como una borrasca, se afirma y asegura como condición permanente” (pp. 184 y 186). “Charco de inmundicia” para Cándido Nocedal<sup>76</sup>; “cenegal fétido y pestilente”, para Menéndez Pelayo: una cloaca donde trabajan los periodistas, “mala y diabólica ralea”<sup>77</sup>.

Comprensivo se manifiesta Balmes, cuya obra se divulga en gran medida a través de los periódicos, cuando dice que “los excesos de la prensa no deben exasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversión el descubrimiento en sí mismo; no perdiendo nunca de vista que son cosas muy diferentes el uso y el abuso”<sup>78</sup>. Ambivalente es el juicio de Ortega<sup>79</sup>, quien después de señalar que en aquel momento (1930) “la vida pública se ha entregado a la única fuerza espiritual que por oficio se ocupa de la actualidad”, que es la prensa, alerta de que en ella rige el periodista, “que es no solo una de las clases menos cultas de la sociedad presente, sino que, por causas, espero, transitorias, admite en su gremio a seudointelectuales chafados, llenos de resentimiento y de odio hacia el verdadero espíritu” (p. 1223). Pero unos años antes el conde de Keyserling había escrito<sup>80</sup> lo siguiente: “El verdadero intermediario de lo espiritual no es hoy el autor de gruesos libros, sino el periodista. La mayor parte de las gentes

---

<sup>76</sup> En el diario *La Constancia* (1867).

<sup>77</sup> En su *Historia de los heterodoxos españoles* (Madrid, BAC, 1998-2000), tan meritoria por otra parte, lanza los mayores denuos contra la prensa y sus cultivadores. Muestra una severa incomprensión respecto a los beneficios que aportan (no se salvan ni las publicaciones católicas), lo que resulta inexplicable en una persona de sus saberes y cualidades (véase del t. II las pp. 972, 1035, 1039 y otras).

<sup>78</sup> “La Prensa”, en *La Sociedad*, 15 de mayo de 1843.

<sup>79</sup> “Tal vez yo no sea otra cosa que un periodista”, escribirá al final de *Misión de la Universidad* (p. 1223).

<sup>80</sup> Y lo había publicado en la editorial Revista de Occidente (*El mundo que nace*, 1926: Cf. Chaves Nogales, p. 333).



creo haber concedido a este hecho suficiente atención solo con lamentarlo. Mas con ello demuestra su culpable superficialidad”.

No es normal la actitud de quienes aprovechan lo bueno de la aportación periodística mientras la descalifican cuando no les conviene. Pero así ha sido siempre: en el transcurso del tiempo ha recibido todas las loas y todos los denuestos que se le pueden dedicar; sobreabundan las declaraciones en las que ensalza el llamado “cuarto poder”<sup>81</sup> y se glosa una labor de la que aseguran que tiene mucho de sacerdocio<sup>82</sup>. Podríamos eternizarnos en recrearlo. No es necesario más, porque se trata de un debate que a estas alturas se nos antoja superfluo: lo que importa es el esfuerzo que han volcado, que proyectan, quienes han llevado en algún momento el timón de una nave endeble, frágil, inestable y desprotegida, pero que siempre sacó fuerzas de flaqueza para rendir un servicio indispensable para la buena marcha de la sociedad. Un esfuerzo que –oiganlo bien nuestros alumnos– no ha concluido.

A nosotros no nos bastarán nuestras menguadas fuerzas. Habrá que pedir el amparo de los santos patronos para que nuestro trabajo presente o futuro se desenvuelva con la seriedad y eficacia que la comunidad demanda. No hay apenas periodistas en los altares, lo que, sin duda, alguna significación debe tener, y los que hay corresponden más bien al periodismo propagandístico, propio de otras épocas. San Francisco de Sales puede venir en nuestra ayuda, lo mismo que San Maximiliano Kolbe y el beato Manuel Lozano Garrido. No hay publicitarios que hayan visto reconocida su santidad, por lo que la protección vendrá de San Bernardino de Siena. También San Isidoro de Sevilla, recopilador del saber antiguo (tarea para la que emplea un exigente rigor científico) acompañará a quienes formamos parte de esta Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación.

---

<sup>81</sup> Esta expresión “sirve sobre todo para estimular peligrosamente el ya de por sí considerable narcicismo de los periodistas” (Martínez Albertos, p. 91). Cf. Bernardino M. Hernando: “En qué ha quedado el cuarto poder”, en *Cuadernos de Periodistas* nº 1. Madrid, APM, octubre de 2004, pp. 73-87.

<sup>82</sup> Un concepto del que también se abusó en el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, aunque Gómez de Baquero escribiera en 1898 que “hasta la frase se ha hecho ridícula y ha habido que archivarla” (*La Época*, 6 de enero).

## Bibliografía

- ANDUEZA, José María de (1843): “El escritor público”, en la obra colectiva *Los españoles pintados por sí mismos* (2 vols.). Madrid: Boix Editor, pp. 209-215 del t. I [consultada en la edición facsimilar de Visor Libros, 2002].
- ARAQUISTAIN, Luís (1921): *Las columnas de Hércules*. Madrid: Mundo Latino.
- BARRERA, Carlos, coord. (1999): *Del gacetero al profesional del periodismo. Evolución humana de los actores humanos del cuarto poder*. Madrid: Fragua-Asociación de Historiadores de la Comunicación.
- BASSETS, Lluís (2013): *El último que apague la luz. Sobre la extinción del periodismo*. Madrid: Taurus.
- BUENO, Manuel (1915): “El periodista”, en la colección “Los españoles pintados por sí mismos”, aparecida en la revista *España* [reproducido en la obra de Correa Calderón, pp. 1080-1082 del t. II].
- CABRERA, Mercedes (1994): *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*. Madrid: Alianza Editorial.
- CANSINOS-ASSÉNS, Rafael (1982-1985-1995): *La novela de un literato* (3 vols.). Madrid: Alianza Editorial.
- CANTAVELLA, Juan (2003): “La Escuela de *El Debate* y el inicio de la enseñanza del periodismo en España”, en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea* nº 51. Madrid: Actas, pp. 81-85.
- (2005): “La resistencia de los periodistas a la formación académica y tecnológica”, en José Manuel Gómez y Méndez, ed.: *Las tecnologías periodísticas desde el ayer al mañana*. Sevilla: Sociedad Española de Periodística, pp. 130-148 (soporte digital).
- (2011): “La enseñanza del periodismo”, en Juan Cantavella y José Francisco Serrano, coords.: *Enciclopedia de la Comunicación*. Madrid: CEU Ediciones, pp. 627-661.
- CHAVES NOGALES, Manuel (1993): *La vuelta al mundo en avión*, en *Obra narrativa completa* (2 vols.). Introducción de María Isabel Cintas. Sevilla: Fundación Luís Cernuda. T. I, pp. 113-206.
- CHECA GODOY, Antonio (1989): *Prensa y partidos políticos durante la II República*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

- CORREA CALDERÓN, E., ed. (1950-51): *Costumbristas españoles* (2 vols.). Madrid: Aguilar.
- DESVOIS, J. M. (1996): “El estatus de periodista en España, de 1898 a 1936. Nacimiento y consolidación de una profesión”, en *Comunicación y Estudios Universitarios* nº 6. Valencia: Centro Universitario de Ciencias de la Información del CEU.
- DÍAZ DE BENJUMEA, Nicolás y FORS, Luís Ricardo (1881): *Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos*. Barcelona: Establecimiento tipográfico de Juan Pons.
- DIEZHANDINO, María del Pilar; BEZUNARTEA, Ofa y COCA, César (1994): *La élite de los periodistas*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- DONOSO CORTÉS, Juan (1970): *Obras completas* (2 vols.). Edición de Carlos Valverde. Madrid: BAC.
- ESPINA, Antonio (1993): *El cuarto poder*. Madrid: Libertarias/Prodhufi.
- ESTEBAN, José y ZAHAREAS, Anthony N. (1998): *Los proletarios del arte. Introducción a la bohemia*. Madrid: Celeste Ediciones.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. y FUENTES, J. F., dirs. (2003): *Diccionario político y social del siglo XIX español*. Madrid: Alianza Editorial.
- FLORES, Antonio (1892-1893): *Ayer, hoy y mañana o la fe, el vapor y la electricidad* (3 vols.). Barcelona: Montaner y Simón Editores.
- GARAY de SARTÍ, José (1872): “El periodista de oficio”, en la obra colectiva *Los españoles de ogaño*, pp. 357- 364 del t. I.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Marisa y GARCÍA DE LEÓN, María Antonia, coords. (2000): *Profesionales del periodismo*. Madrid: CIS.
- GÓMEZ APARICIO, Pedro (1967): *Historia del periodismo español. 1 Desde la ‘Gaceta de Madrid’ (1661) hasta el destronamiento de Isabel II*. Madrid: Editora Nacional.
- (1974): *Historia del periodismo español. 2 De las guerras coloniales a la Dictadura*. Madrid: Editora Nacional.
- GONZÁLEZ-BLANCO, Edmundo (1919): *Historia del periodismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás, dir. (1960): *El periodismo. Teoría y práctica*. Barcelona: Noguer.
- IZQUIERDO, José María (2013): *¿Para qué servimos los periodistas? (hoy)*. Madrid: Catarata.
- JEREZ PERCHET, Augusto (1901): *Tratado de periodismo*. Granada.
- LARRA, Mariano José (1973): *Artículos de costumbres*. Edición de Azorín. Madrid: Espasa-Calpe.
- (1985): *Artículos literarios*. Edición de Juan José Ortiz de Mendivil. Barcelona: Plaza Janés.
- LISSORGUES, Yvan (1980): *Clarín político (II)*. Prólogo de Gonzalo Sobejano. Barcelona: Lumen.
- LÓPEZ PINILLOS, José (s.a.): *Hombres, hombrecillos y animales*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- LÓPEZ DE ZUAZO, Antonio (1995): "Origen y evolución del término 'periodista'", en *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* nº 2. Madrid: Universidad Complutense, pp. 45-52.
- MAINAR, Rafael (1906): *El arte del periodista*. Barcelona: José Gallach Editor.
- MARTÍN-SÁNCHEZ JULIÁ, Fernando (1959): *Idas claras. Reflexiones de un español actual*. Madrid: BAC.
- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luís (1997): *El ocaso del periodismo*. Barcelona: CIMS.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de (1993): *Escenas y tipos matritenses*. Edición de Enrique Rubio Cremades. Madrid: Cátedra.
- MONCADA, Alberto (1995): *España americanizada*. Madrid: Temas de Hoy.
- MUÑOZ SECA, Pedro (1949): *Obras completas VII. El clamor* (con la colaboración de Azorín). Madrid: Fax, pp. 812-873.
- NOMBELA, Julio (1976): *Impresiones y recuerdos*. Prólogo de Jorge Campos. Madrid: Tebas.
- NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta y otros (1997): *José Altabella. Libro homenaje*. Madrid: Universidad Complutense.

- ORTEGA, Félix y HUMANES, María Luisa (2000): *Algo más que periodistas. Sociología de una profesión*. Barcelona: Ariel.
- ORTEGA Y GASSET, José (1932): *Misión de la Universidad*, en *Obras*. Madrid: Espasa-Calpe.
- PACHECO, Joaquín Francisco (1845): “Sobre el periodismo en sus relaciones con la literatura”, en *Literatura, historia y política*. Madrid: San Martín y Jubera, pp. 181-196 del t. II.
- RICO Y AMAT, Juan (1976): *Diccionario de los políticos*. Edición de Diego Sevilla Andrés. Madrid: Narcea [la primera edición es de 1855].
- RIUS SANCHÍS, Inmaculada (2000): *El periodista, entre la organización y la represión: 1899-1940*. Valencia: Fundación Universitaria San Pablo CEU.
- RODRÍGUEZ ANDRÉS, Roberto (2003): “Características socio-demográficas y laborales de los periodistas españoles e índice de satisfacción personal”, en *Ámbitos* n° 9 y 10. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 487-504.
- SEOANE, María Cruz y SÁIZ, María Dolores (1996): *Historia del periodismo en España 3. El siglo XX: 1898-1936*. Madrid: Alianza Editorial.
- SINOVA, Justino (1989): *La censura de prensa durante el franquismo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- (2006): *La Prensa en la Segunda República española. Historia de una libertad frustrada*. Barcelona: Debate.
- SORIANO DE CASTRO, José (1872): “El gacetillero”, en la obra colectiva *Los españoles de ogaño*, pp. 146-157 del t. I.
- VARIOS AUTORES (1872): *Los españoles de ogaño. Colección de tipos de costumbres dibujados a pluma* (2 vols.). Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- ZAVALA, Iris, M. (1977): Prólogo a Alejandro Sawa: *Iluminaciones en la sombra*. Madrid: Alhambra.

**Juan Cantavella** es doctor en Ciencias de la Información y licenciado en Filología Hispánica. Catedrático de la Universidad CEU San Pablo (Madrid) y secretario de la Comisión de Doctorado de la Universidad. Sus libros versan sobre géneros periodísticos, historia de la prensa y relaciones entre periodismo y literatura, con títulos como *La columna periodística* (Lima, Perú, 2012), *Historia gráfica de la Editorial Católica. Un siglo de 'El Debate'* (Madrid, 2012), *Enciclopedia de la Comunicación* (Madrid, 2011, en colaboración), *Redacción para periodistas: opinar y argumentar* (Madrid, 2007, en colaboración), *Redacción para periodistas: informar e interpretar* (Barcelona, 2004, en colaboración), *La novela sin ficción* (Oviedo, 2002) y *Cartas de Cuadrado a Menéndez Pelayo* (Palma de Mallorca, 1991).

Codirige las Jornadas sobre “Prensa e Iglesia en la España contemporánea”, de las que se han celebrado siete ediciones y cuyos contenidos se han publicado en otros tantos volúmenes colectivos. Entre ellos destacan *La prensa anticlerical en la historia* (2011), *Presencia e influencia de la Editorial Católica* (2010) o *Católicos en la prensa. Concepto y orígenes del periodismo confesional* (2004). Ha participado en varios proyectos de investigación y ha sido invitado a impartir cursos en la Universidad de La Habana (Cuba), Autónoma de Nuevo León (Monterrey, México), San Martín de Porres (Lima, Perú) y Católica Portuguesa (Lisboa, Portugal).